INQUILINOS INVISIBLES
GERARDO VILLANUEVA

Gerardo Villanueva (Guadalajara, 1978). Es autor de los títulos de poesía *Calabozo cuatro* (Periferia de Escribidores Forasteros, 2019), *patrivium* (Mantis Editores, 2016) y *Feu G Rare* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2016). *Inquilinos invisibles* es su primer libro de cuentos.

INQUILINOS INVISIBLES

El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos

Gerardo Villanueva

INQUILINOS INVISIBLES

Colección Invitación al Incendio de Narrativa 8

grafógrafxs

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR
Sergio Ernesto Ríos

EDITOR
Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR
Javier Gonzalo Paredes Mendoza

PORTADA
Sergio Ernesto Ríos

Estamos solos en nuestras mentes con la atmósfera de un mundo sobrenatural y su horror. Somos al mismo tiempo sus creadores y lo que ha creado: cosas siniestras que no tienen nada que ver con el resto de la creación.

Thomas Ligotti

AEDIFICATORFOBIA

Las circunstancias que rodearon el viaje de Pedro Domínguez a Barcelona, conduciéndole al deterioro y a su consecuente petrificación, resultan de sobra conocidas por quienes se encontraron con él durante su estancia en la llamada Ciudad de las Maravillas. Las versiones sobre la cadena de acontecimientos en que se vio envuelto podrán diferir entre sí, pero la mía está basada en una fuente de primera mano si se considera que fui el único que tuvo en posesión los apuntes que él mismo registró en su diario.

Según lo consignado en un cuaderno de tapas negras, Domínguez, hombre de mediana edad con temperamento retraído y hasta áspero, tuvo en su peregrinaje episodios de interacción con figuras insignes de la ciudad, tales como el doctor Tomás Argomaniz (quien después de que se verificaron los hechos que narraré, fue sujeto de un merecido desprestigio) y Carlos el *Conde* Rivera, propietario del bar El Toreo (amigo que todavía ríe cada vez que le recuerdo el desenlace que tuvo esta historia). También me consta que Domínguez entabló conversaciones con algunos clientes de ese bar y, por increíble que parezca, con Cristóbal Colón. Claro que aquí no me refiero al conquistador, sino al monumento que en su memoria está ubicado al sur de Las Ramblas. Gran parte de estos eventos

quedaron consignados en ese diario cuyo contenido leí con minuciosidad y del que se advierte que su dueño, además de un voraz alcoholismo, era víctima de una extraña enfermedad que en lugar de curársele terminó por agudizarse en Barcelona. El documento estuvo dos semanas en mi poder. Analicé sus entradas en repetidas ocasiones y con posterioridad me di a la tarea de acudir a los sitios que aparecen descritos en él. Debo decir que mi intención no fue llegar hasta las últimas consecuencias para que se hiciera justicia en favor de Domínguez. Yo sólo quise reconstruir la historia de ese pobre diablo, y aquí va:

Pedro Domínguez llegó una tarde de septiembre procedente de la Ciudad de México con el deseo de ser atendido por Tomás Argomaniz, un médico internista que alguien (en el cuaderno no se precisa quién) le recomendó. Hasta ese momento, y luego de años de consultas, los médicos de su país no habían encontrado la causa de sus padecimientos. De los apuntes no se advierte cuál era su profesión. En ellos no hay pistas que arrojen datos sobre su vida personal; sin embargo, se puede intuir que se trata de un hombre solitario, tal vez soltero o viudo. Según se distingue en una de las incipientes entradas del cuaderno, no era alguien que frecuentara los viajes. Yo podría apostar que nunca hizo uno tan largo. Estoy casi seguro de que esa fue la primera vez en su vida que pisó el suelo europeo.

Al llegar al aeropuerto, bajó vacilante del avión a causa de su nerviosismo. Pronto se condujo directo al hotel Ilunion Bel Art, ubicado sobre la calle Carrer de Lepant, sitio en el que, supongo, escribió este párrafo:

> ... aterricé en Barcelona a las 14.15 horas con un sentimiento de ansiedad y desconcierto. En esta ciudad las personas hablan de forma extraña. El taxista que me trajo del aeropuerto esbozó durante el trayecto un par de frases que apenas pude entender. El hotel no está nada mal. Mi habitación, la 303, tiene una ventana con vista a *Jardins del Princep de Corona*.

Por lo que leí en apuntes posteriores, la consulta con el doctor Argomaniz sería hasta el día siguiente, así que esa tarde tuvo tiempo de sobra para comer en el restaurante del hotel y después caminar por la ciudad. Le pareció atrevida la idea de entregarse a la suerte y perderse entre calles desconocidas. Anduvo por Travessera de Gracia para después doblar en Carrer de la Marina. Sus pasos avanzaron lentos y hasta torpes. Sabía muy poco sobre historia o arquitectura de Barcelona. Si debo aventurarme, diré que esos temas y otros tantos más no formaban parte de su lista de intereses personales. Debido a su escasa cultura sólo intuyó que en esa ciudad podría encontrarse con el emblemático barrio gótico o con el estadio *Camp Nou*. Alguna vez vio en internet imágenes de tales lugares, pero más allá de eso, era incapaz de mencionar tres o cuatro sitios representativos.

Antes de abandonar México se prometió que su viaje lo emprendería únicamente para acudir a la consulta del doctor Argomaniz, por lo que no iba con deseo de visitar sitios turísticos. Durante su caminata, poco reparó en los diseños de las casas y de los edificios. No puedo asegurar qué tipo de pensamientos pasaron en ese momento por su cabeza, pero sé que pronto pudo darse cuenta de que aquel día era feriado, debido

a la cantidad de comercios que a esa hora vio sin actividades, y también porque los pocos que encontró abiertos ya comenzaban a cerrar sus puertas al público. Le sorprendió ver muy poca gente en las calles. Sabía que eso no era normal, aunque tuvo la sospecha de que a la mañana siguiente las arterias de esa ciudad se verían atestadas de trabajadores y turistas. Conforme avanzó por Carrer de la Marina, el cielo fue encapotándose. Dudó en volver al hotel para resguardarse de la eminente lluvia o si debía seguir con su marcha. Al tiempo que corroboró el color negro en las nubes, vio a lo lejos las puntas de lo que aparentaban ser las torres de un gran templo. Calculó que le restarían cuatro o cinco cuadras para llegar al sitio donde se ubicaba aquel monumento, lo que en tiempo se traduciría en muy pocos minutos.

A medida que iba aproximándose, fue detectando la presencia de cada vez menos transeúntes, hasta que por un momento tuvo la sensación de ser el único individuo en la ciudad, uno que paso a paso se dirigía rumbo a esa basílica que de a poco se iba agrandando en tamaño. Faltándole tan sólo una cuadra, no tuvo lugar a dudas. Se convenció de que iba acercándose a la célebre Sagrada Familia, sobre la cual, cierta vez escuchó que su construcción permanecía inconclusa. Se propuso entrar en el templo para ver algunas de sus pinturas y esculturas, de esa manera podría llevarse consigo algún recuerdo significativo a su regreso a México, pero estando todavía a mitad de la cuadra se dio cuenta de que su corazón palpitaba más rápido de lo normal y esto no lo atribuyó al posible agotamiento,

sino a un efecto de intranquilidad que inexplicablemente se fue apoderando de él.

Volvió a subir la mirada para confirmar el veloz movimiento de las nubes. Dio un rápido giro para percatarse de que a su alrededor no tenía acompañantes. A poca distancia de donde estaba parado, aquel templo gótico se imponía con toda su grandeza bajo el cielo ennegrecido a plenas seis de la tarde. Detuvo su andar frente a la construcción. Le pareció uno de los templos más repugnantes que vio en su vida. Para entonces, su corazón era ya una máquina sin freno. No supo si tenía valor para atravesar la calle, aunque finalmente lo hizo hasta encontrarse con la sorpresa de que las enormes puertas estaban cerradas. ¿Cómo era posible que a esa hora no hubiera turistas merodeando alrededor de uno de los emblemas de la arquitectura católica? Permaneció inmóvil en la entrada principal analizando de abajo hacia arriba aquella monstruosidad. Sus enormes torres y su frente dedicado a la Pasión de Jesús (donde destaca la desnudez de la piedra que se asemeja a un esqueleto reducido a las líneas simples de sus huesos) parecían intimidarlo. Fantaseó con la idea de que aquello cobrase vida, que de repente sus grandes pilares se transformaran en una serie de tentáculos que en cualquier momento pudieran capturarlo. Su aliento se aceleró y el sudor ya bajaba por su cuello. No iba a permanecer un solo segundo más en ese sitio. Dio media vuelta para regresar dando zancadas por la misma calle de Carrer de la Marina, amenazado por un cielo atronador y por las primeras gotas de lluvia que ya caían sobre su cabeza.

Llegó a su hotel antes de que se desatara una lluvia pertinaz. Exhausto, se instaló en una mesa del restaurante para pedir dos vasos de ginebra que le ayudarían al control de sus nervios. Cuando los hubo bebido, la imagen de la basílica se hizo presente de nuevo en su cabeza. No dio crédito a que una de las construcciones más emblemáticas del mundo fuera, a su juicio, tan estremecedora. Antes de liquidar la cuenta consultó a uno de los camareros si había algún bar cercano. Este le sugirió El Toreo, uno de los más singulares de la zona y que además era atendido por su propio dueño, el *Conde* Rivera, una de las personas más conocedoras de temas taurinos en Barcelona. Domínguez estuvo tentado a ir en ese instante, pero pronto recordó que a la tarde siguiente debía presentarse a su cita con el doctor Argomaniz, así que no fue sino hasta la noche posterior que se le vio por primera vez en el bar, ya que esa misma la pasó encerrado en el cuarto 303, haciendo esfuerzos por sacar de su cabeza la imagen del templo hórrido y tenebroso que había visto, lo cual no pudo conseguir con facilidad, toda vez que para su mala suerte, encontró frente a su cama un cuadro colgado con una imagen en blanco y negro de aquella Sagrada Familia.

Al día siguiente se levantó con dificultad. Se sentía agotado por el reciente viaje y por haber dormido incómodo bajo el acecho de esa imagen oscura; sin embargo, acudió puntal a la cita con Argomaniz, quien, antes de atenderlo, le hizo esperar en el sofá de una sala minúscula y mal iluminada en la que Domínguez se entretuvo hojeando un catálogo turístico.

Al avanzar entre sus páginas volvió a toparse con la imagen de aquel templo que vio la tarde anterior y que tanto le perturbó el sueño la noche previa. Aquella revista contenía un artículo sobre la historia de la Sagrada Familia y otros diseños de Gaudí, como el Park Güell o La Pedrera. Mejor optó por levantarse para depositar la publicación en un revistero contiguo y olvidarse del asunto. Fue aquí cuando escuchó por primera vez la voz grave del doctor Argomaniz, quien lo instruyó a pasar a su consultorio repleto de enciclopedias médicas, finos muebles de caoba y un diván donde Domínguez tuvo que recostarse.

Después de darle la bienvenida, Argomaniz le pidió que le hablara de sus síntomas. El nuevo paciente se tomó algunos respiros como preludio para el desencadenamiento de una verborrea torpe y desarticulada. Primero, le anticipó que en México había acudido en un lapso de tres años con nueve especialistas diferentes y que ninguno acertó a la manera de hacerse cargo de su enfermedad (si es que lo que sufría pudiera catalogarse como tal). Después, expuso que sus síntomas se limitaban a ciertas náuseas, mareos, episodios de ansiedad y, en algunos casos, pérdida momentánea de la memoria. Al referirse a una de tantas preguntas formuladas por el médico, Domínguez confesó su debilidad por el alcohol. Le dijo que ya no soportaba ni medio día sin zamparse uno o dos vasos de ginebra, como mínimo. Argomaniz lo auscultó con cautela y midió su presión arterial, previo a ejercer presión sobre su caja torácica para verificar el estado de los pulmones. Con una lamparilla de mano revisó sus ojos, orejas y garganta. Finalmente,

con su estetoscopio contó sus latidos, sin que nada le pareciera atrofiado en el cuerpo de ese hombre. Después de una serie de reflexiones hizo un par de apuntes sobre su libreta y le sugirió a Domínguez que redujera su consumo de alcohol. También lo instruyó a implementar una dieta basada en frutas y vegetales, así como una serie de rutinas de ejercicio, al menos tres veces por semana. Las mismas recomendaciones que le formularon los médicos en su país, pensó el mexicano.

Cuando la consulta estaba por concluir, le confesó al médico un secreto que posiblemente se encontraba lejos del alcance de su especialidad. Argomaniz le sirvió un vaso de agua y se dispuso a escucharlo con interés. Domínguez, un tanto indeciso, se removió sobre el diván buscando la postura más confortable. Cuando por fin se dio ánimo, reconoció ante el médico que además de sufrir tales síntomas ansiosos, creía también ser sujeto de otro tipo de padecimiento, una suerte de aversión a las construcciones. Le expuso que desde hace más de tres años era presa de trastornos cada vez que pasaba por grandes edificaciones, como estadios, templos o monumentos. No supo cómo explicarle que los latidos de su corazón eran muy acelerados, que cuando veía de cerca estatuas de considerable tamaño comenzaba a sudar en exceso y que incluso algunas veces tenía que lidiar con ciertas alucinaciones. Argomaniz no pudo esconder su perplejidad ante tal confidencia. ¿Cómo era posible aquello de temerle a edificaciones y qué demonios tenía qué ver eso con sus síntomas? En su trayectoria profesional constató la visita de más de algún paciente estrafalario,

pero este superaba a todos ellos. Al darse cuenta del asombro del médico, Domínguez tuvo que explicarse con mayor detalle. Aclaró que su temor no recaía en todas las construcciones, sino tan sólo en unas cuantas, aunque él era incapaz de anticipar en cuáles.

—La catedral de la Ciudad de México vista de noche me resulta pavorosa, por ejemplo —musitó apenado—. Cada vez que paso cerca de ella me produce una sensación que después no me deja dormir. Justo cuando experimento ese fenómeno, más resiento los síntomas de los que le hablé antes.

También le contó lo sucedido la tarde anterior al pasar por la Sagrada Familia. Argomaniz creyó que lo mejor sería transferirlo con un psiquiatra especialista en fobias, aunque al ver la fragilidad de su paciente, y en tanto que había viajado desde México únicamente para verlo a él, decidió que iba a observarlo durante unas cuantas semanas para ayudarlo con el tratamiento de sus dolores físicos, ya después lo derivaría con algún otro médico que se hiciera cargo de su absurdo miedo a la arquitectura.

Cuando estuvo por despacharlo, recordó que poco tiempo atrás, en una cena de egresados de la Facultad de Medicina, un psiquiatra conocido suyo le habló sobre un medicamento que acostumbraba recetarse en casos de ansiedades extremas; sus resultados habían sido ya comprobados, aunque en todos los casos se le advertía a los pacientes que lo tomaran en pequeñas dosis, ya que, entre otras, las contraindicaciones se manifestaban con el congelamiento de las expresiones faciales y la

provocación de movimientos lentos e incontrolables en cualquier parte del cuerpo. Argomaniz hizo varios esfuerzos para recordar el nombre del medicamento, clorpra... clorprom... ¿Clorpromazina? Claro, eso fue lo que mencionó su colega durante aquella cena. Era un antipsicótico utilizado como sedante. Pensó que quizá él podría ayudarle a Domínguez si le recomendaba que la tomara con moderación. Y fue así que de la forma más irresponsable extendió una receta a nombre de Pedro Domínguez, sugiriéndole que tomara únicamente una cápsula cada doce horas. Con ello iba a reducir su ansiedad (no quiso usar los términos miedo o temor). También le pidió que volvieran a verse en dos semanas más para verificar los resultados. De esa forma dio por concluida la consulta con su nuevo paciente, quien al salir del lugar se encontró de nueva cuenta con suficiente tiempo libre y sin mejor alternativa que trasladarse a la farmacia más cercana para ir en busca del medicamento recetado. Cuando por fin pudo conseguirlo, se fue hacia un puesto de revistas donde compró un mapa de la ciudad y de inmediato pudo localizar en él la ubicación precisa del bar El Toreo, que para su beneplácito no distaba mucho de donde se encontraba, por lo que sus pasos se dirigieron hacia aquella taberna, a la cual llegó en esa hora de la tarde en que aún no hay demasiados clientes.

Atravesó una puerta de madera pesada. Desde el umbral se distinguían dos grandes sectores: el de la izquierda, donde había una serie de gabinetes, los cuales eran tenuemente iluminados por lámparas colgantes; y el de la derecha, en donde

sobresalía una enorme barra. Al fondo de todo ubicó una puerta pequeña en cuya parte superior relucía la palabra urinario con letras de neón. Las paredes, repletas de imágenes de toreros, eran altas; de ellas también colgaban algunos objetos de tauromaquia, como espadas, muletas y banderillas. El recién llegado vio a un par de ancianos conversando en un gabinete y a otro hombre que, solitario y entre bostezos, hojeaba un periódico deportivo sobre la barra. Del otro lado, Carlos el *Conde* Rivera se presentó ante él como el barman y propietario. Domínguez ocupó su lugar ordenándole dos vasos de ginebra. Desde ese sitio esbozó media sonrisa al resto de los parroquianos, quienes no parecieron poner interés en el nuevo sujeto. Después del primer trago recapituló cada escena transcurrida durante la consulta con el doctor Argomaniz, para lo cual tomó algunas notas en su cuaderno de tapas negras. A decir verdad, no tenía confianza en que ese médico barcelonés lo fuera a curar de sus males. Asumo que fue justo en ese instante cuando apuntó lo siguiente, no sin antes pedirle al Conde un bolígrafo y otro vaso de ginebra:

> No voy a asegurar que el doctor Argomaniz me parezca un charlatán, pero en realidad no tengo esperanza de que encuentre el origen de mis problemas. No obstante seguiré atendiéndome con él hasta el momento en que sea necesario. Además, la imagen de la Sagrada Familia me sigue intrigando. No puedo sacarme de la cabeza aquella monstruosidad.

Se acercó a una orilla de la barra para conversar con el Conde sobre el motivo de su viaje. Le habló con detalle sobre las sensaciones que solía sufrir cada noche que pasaba cerca de los

edificios. Puedo asegurar que fue gracias al efecto del alcohol que describió al barman las siluetas de las construcciones a las que tanto temía con mucha mayor precisión que con la que lo hizo ante el doctor Argomaniz. Se me cuestionará que cómo es que estoy enterado de todo esto. Pues bien, como ya lo he dicho antes, después de leer el cuaderno de viajes de Domínguez, me dispuse a visitar cada uno de los lugares que este recorrió y que iba documentando de forma imprecisa. Es por ello que lo acontecido esa noche me fue confirmado por el Conde, cuando tiempo después acudí a esa taberna. El barman también me corroboró que aquella tarde Domínguez había bebido más de la cuenta, que después de siete u ocho vasos de ginebra se apresuró a comprarle una botella que vació casi en su totalidad, y que en un momento pudo percatarse de que nuestro personaje extrajo del bolsillo de su saco una caja que, al parecer, contenía un cúmulo de pastillas, de las cuales se empujó tres con ayuda de otro trago de alcohol.

Cuando dieron las doce de la noche, el Conde advirtió a Domínguez (quien estaba a punto del desplome sobre la barra) que el local estaba por cerrar, por lo que tuvo que ayudarlo a incorporarse, y una vez que puso candado a la puerta del bar, lo encaminó hacia su hotel. Conducirlo tomado del brazo no fue nada sencillo para Rivera, ya que su cliente iba vacilante, desprendiéndose de su custodia con ganas de irse por calles que de ninguna forma lo llevarían a su destino. La ocasión que me entrevisté con el Conde para que me ayudara a rearmar la historia de Domínguez, hizo énfasis en que mientras caminaban,

su custodiado evitó pasar cerca de algunas estatuas que fueron encontrándose a su paso y que cuando por fin llegaron al hotel, Domínguez entró al *lobby* tambaleándose y tuvo que ser llevado a su dormitorio por dos botones que lo sostuvieron, uno de cada brazo.

Aquella fue la primera vez que vi a Pedro Domínguez, ya que esa misma tarde, al tiempo que él perdía la consciencia alcoholizándose en El Toreo, yo me encontraba registrándome en el Ilunion Bel Art, donde suelo hospedarme cada vez que acudo a Barcelona con motivo de mis negocios. Cuando me presenté en el *lobby* pedí como de costumbre que me asignaran mi habitación favorita (por la vista que tiene a Jardins del Princep de Corona), la 303, pero me dijeron que por no haber reservado con antelación, esta ya la habían asignado. No obstante, terminaron por instalarme en un cuarto amplio y bien ventilado en el tercer piso, el mismo donde también dormía Domínguez. Yo salí de la 307 para bajar al restaurante, cuando vi cómo los dos botones lo metieron con dificultad a la 303. Él pronunció un par de frases que no pude comprender. También noté cierta rigidez en su rostro, como si le costara mucho esfuerzo mover los músculos de su cara.

—Pobre hombre —me dije—, el alcohol lo mandó a la luna.

Por supuesto, ni siquiera se percató de mi presencia.

La siguiente inscripción en el cuaderno de Domínguez que me parece relevante traer a cuenta tiene que ver con un paseo que dio la noche posterior. Y claro, a esta altura del relato se habrá intuido que como nuestro personaje no iba de

turista y sólo quería pasar el tiempo bebiendo, se fue directo a El Toreo. Sin embargo, para mí, lo más asombroso son estos párrafos que redactó a su regreso al hotel:

> Me quedé paralizado al ver a aquel individuo sobre la punta de una columna tan alta. Le grité que se bajara, ya que corría demasiado peligro en las alturas, pero no quiso escucharme; por lo contrario, me pareció ver en él un gesto de desaprobación cuando alzó uno de sus brazos, de manera que con su dedo índice apuntó hacia el Océano Atlántico, hecho que tomé como indicación de que debía largarme de esta ciudad. Su siniestra silueta me produjo un pavor desmesurado.
>
> Por cierto, las cápsulas que me recetó el doctor Argomaniz tienen un sabor muy desagradable.

No pude comprender a qué hombre se refirió. ¿A quién fue que vio? ¿Quién en su sano juicio estaría parado sobre una columna? Supuse que ese párrafo lo redactó en avanzado estado de ebriedad, pero luego de acudir al bar, el Conde me dio ciertos detalles de lo sucedido la segunda vez en que Pedro Domínguez pasó por ese sitio. Aquella noche bebió mucho más que la tarde anterior. Para ese momento ya le había contado el motivo de su viaje a tres o cuatro parroquianos, quienes mejor optaron por retirarse al verse inmersos en el monólogo circular de aquel extranjero borracho. Esa vez, el Conde lo conminó a que mejor se retirara a descansar a su hotel. Le dijo que si continuaba bebiendo de esa forma desmedida, ya no iba a acompañarlo en su regreso, que él no era nodriza de nadie, cosa que Domínguez pudo acatar sin problema, no sin antes despedirse de cada uno de los clientes,

al tiempo que metió en su boca un buen puñado de cápsulas de clorpromazina. Naturalmente, al verlo en estado tan lamentable, el Conde (quien todavía puede considerarse un ser humano bondadoso) optó por seguirlo a través de calles y avenidas para cerciorarse de que llegara hasta su hotel, sin que Domínguez lo advirtiera. Esa vez caminó mucho más de la cuenta. En su torpe andanza fue tambaleándose por lugares desconocidos y dando tropiezos en un par de ocasiones. Daba la sensación de estar huyendo de las sombras arrojadas sobre los edificios, hasta que visiblemente agotado llegó al punto donde confluyen Las Ramblas y el Paseo de Colón, frente al puerto viejo. El barman no pudo dar crédito al estado de pavor en que entró su cliente al plantarse frente al monumento a Cristóbal Colón. Él mismo asegura que Domínguez emitió una cadena de alaridos al creer que el hombre de la estatua era real. Aún recuerda cómo hizo aspavientos con las manos al creer que Colón podría resbalar desde la altura. Le gritó a la estatua que se bajara, que era un gran riesgo permanecer subido en aquella columna. Un grupo de personas trasnochadas, en su mayoría turistas, comenzó a reunirse en torno a él, algunos lo videograbaron con sus teléfonos y soltaron unas risotadas que Domínguez pareció no escuchar. Cuando se dio cuenta de que esa escultura no le hacía caso, desistió para seguir su peregrinaje por la ciudad. Finalmente, cerca de las dos de la mañana pudo llegar a su hotel, a traspiés. Y tal como en la noche anterior, fue llevado a rastras a su habitación por los botones.

Pensé que a la mañana siguiente no se levantaría de la cama a causa de la resaca, pero, para mi sorpresa, lo encontré desayunando muy temprano en el restaurante. Sobre su mesa había un plato repleto de frutas y una cerveza. Debo confesar que fue ahí donde constaté cierta rigidez en su cara. El hombre trituró sus alimentos con suma dificultad y vi cómo maniobró torpemente al empuñar un tenedor para llevarlo a su boca. Ni qué decir de la forma en que le temblaron sus manos al levantar el vaso de cerveza, del cual, parte de su contenido quedó derramado sobre el mantel y sus pantalones. A todas luces, el pobre individuo se encontraba a punto de la autodestrucción.

Según lo asentado en su diario de viaje, Domínguez extravió su mapa, hecho al que no dio demasiada relevancia, en virtud de que ya sabía de memoria la ruta hacia El Toreo. Esa misma tarde salió a caminar por el Distrito del Ensanche, aunque sin intención de conducirse a ningún sitio en concreto. Evitó la calle de la Marina, ya que ese era el conducto que lo llevaba directo a la Sagrada Familia y bajo ninguna circunstancia quería volver a toparse con esa monstruosidad. Prefirió tomar la calle de Lepanto, en la que fue topándose con tiendas de conveniencia, panaderías y algunas farmacias. En una de ellas compró otras dos cajas de clorpromazina, de las cuales extrajo un par de cápsulas que se llevó de inmediato a la boca. Y fue justo sobre esa calle cuando Domínguez tuvo otro episodio digno de registro.

Al atravesar la calle de la Diputación una cierta presencia fue provocándole una cadena de escalofríos. De nuevo se

encontró sudando. Giró su cabeza a la derecha para toparse con la figura de la Monumental Plaza de Toros, que a esa hora de la tarde lucía silenciosa y resguardada por una barda que rodea parcialmente su edificación. Domínguez se quedó paralizado. Lo invadieron unas ganas irremediables de abandonar esa ciudad que ya le estaba provocando tantas malas experiencias. Se echó un par de cápsulas más a la boca y respiró con velocidad inusitada. En su cabeza comenzaron a escucharse una serie de gritos, como la de las multitudes que suelen acudir a corridas de toros. Una cadena de alaridos, silbidos y oles se fueron acumulando en su mente a pesar de que dentro de la plaza no había nadie. Luego alucinó con la imagen de un público compuesto de cadáveres y un toro solitario caminando por el ruedo. Tiempo después comprendí el sentido de una de las inscripciones aisladas en el cuaderno. Decía:

> Todas las voces cayeron sobre mí. Aquella bestia corrió despavorida por el ruedo.

Esa noche se fue a refugiar a El Toreo. Ordenó dos botellas de ginebra. El Conde le sugirió que se controlara, que esa no era la mejor forma de matarse, que si su objetivo era morir a causa de la bebida, no se lo recomendaba. En sus veinte años como barman fue testigo de casos nada gratos. Le aseguró que él mismo podría conseguirle un arma o un buen coctel de pastillas, pero que de ninguna manera le sugería padecer un *delirium tremens* derivado de su rampante alcoholismo. Domínguez asumió una actitud impertinente. Se pasó las horas contando a los parroquianos que vio muertos en la Plaza de Toros, que había

escuchado sus gritos y vuelto a ver al hombre trepado sobre la columna en Las Ramblas. Algunos de los clientes le pidieron que cerrara la boca. Entonces gritó que si acaso en esa ciudad todos estaban locos, muertos o qué. Otros comenzaron a marcharse a causa de sus alaridos. El Conde le advirtió que de no medirse iba a llamar a la policía para que lo echaran del local. Ofendido, dijo que se iría gustoso y lanzó una serie de improperios al dueño del lugar.

—A la mierda, vaya a molestar a otro lado —gritó el Conde.

Los demás también comenzaron a exigirle que se fuera. No tuvo mejor alternativa que ponerse su saco y salir de ese bar más nervioso que de costumbre.

Caminó por calles oscuras corroborando cómo los edificios y las casas cobraban vida. Nunca como hasta ese momento había experimentado tanto pavor. Pensó que todos en esa ciudad organizaron una conspiración en su contra, incluso las construcciones. A esas alturas ya estaba seguro de que Cristóbal Colón era aliado de los conspiradores de El Toreo y de que en cualquier momento bajaría de la columna para hostigarlo por toda la ciudad. Para entonces él ya no era un viajero más ni un enfermo necesitado de atención, sino un individuo despavorido como deduzco de su caligrafía vacilante y de la incoherencia de sus últimas notas.

Llegó fatigado al hotel. Se desvistió antes de tumbarse sobre su cama hasta quedar dormido. Pocas horas después despertó a causa del golpeteo de lluvia en la ventana. Lo primero

que sus ojos vieron fue la imagen oscura de la Sagrada Familia en ese marco colgado en la pared. Un alarido animal invadió su dormitorio, tanto que hasta alcancé a escucharlo desde el mío. Se levantó para meterse en la boca un puñado de pastillas de clorpromazina. De pronto, se había armado un alboroto en el hotel. Los botones tuvieron que ingresar con ayuda de una llave maestra y quedaron sorprendidos al encontrar a Domínguez petrificado sobre la cama. Al parecer seguía vivo pero tieso. Estaba tan inmóvil que no pudieron ni siquiera bajarle los brazos sostenidos en el aire. Ante el escándalo, algunos huéspedes del tercer piso salimos de nuestras habitaciones a ver lo que ocurría. Era ya un hombre convertido en piedra.

—Ese tipo está muerto en vida —me dije.

Sobre la alfombra de la 303 quedó la caja de cápsulas vacía.

A la mañana siguiente, el personal del hotel me comentó que la habitación ya se encontraba disponible, que el anterior huésped la había desalojado la noche anterior y que ya no la ocuparía más. Después de dudarlo, les pedí que me la asignaran, no obstante que fui testigo de los hechos ocurridos unas cuantas horas atrás.

Esa noche me recosté sobre la misma cama donde Domínguez se quedó rígido. No voy a ocultarles que un escalofrío fue recorriéndome al contemplar el cuadro colgado en la pared. No pude conseguir el sueño, por lo que, ante tal circunstancia, me puse a caminar en círculos, abrí los cajones de las cómodas por si acaso Domínguez hubiera olvidado alguna

de sus pertenencias, y, para mi sorpresa, me encontré con su cuaderno de viajes. Puedo apostar que el personal del hotel lo confundió con las clásicas biblias que suelen poner en los burós y ni siquiera lo tocaron. Leí íntegro su contenido y me dejó sin palabras. El caso me intrigó hasta el punto en que tiempo después fui a recorrer los lugares descritos en aquellas páginas. No quise quedarme con dudas, por lo que al día siguiente recurrí a investigar en un diccionario de términos médicos. Verifiqué que la clopromazina es un fármaco antipsicótico y neuroléptico cuya capacidad sedante es de gran utilidad en estados de agitación, agresividad y angustia en enfermos mentales; no obstante, se recomienda tener cuidado en las cantidades por ingerir, ya que sus efectos incluyen rigidez muscular, aumento de temperatura corporal y trastornos del sistema nervioso. Domínguez consumió tres cajas enteras en apenas dos días.

Semanas después, y luego de procesar toda esta información, denuncié al doctor Argomaniz por negligencia médica. Sólo a un irresponsable como él se le ocurrió recetar clorpromazina sin ejercer la psiquiatría. Entregué el cuaderno de viajes a la policía. A pocas semanas, el rumor del desprestigio de ese médico corrió por la ciudad. Debo decir que gracias al diario de Pedro Domínguez, conocí El Toreo y me convertí en amigo de Carlos el *Conde* Rivera. Ahora soy otro parroquiano más. Cada vez que vengo a Barcelona paso a su local, bebemos y charlamos. También acudí al puerto y visité el monumento a Colón, en donde constaté su tamaño y su condición de estatua, como en la que también tristemente quedó aquel desdichado viajero.

LA MUJER QUE VIO ANTÓN

La reunión se prolongó más de lo acostumbrado. Como suele ocurrir en esa clase de encuentros, lo primero que hubo por hacer fue ponernos al corriente; actualizarnos y conversar acerca del gradual disgusto por nuestros empleos, de los recientes viajes emprendidos y de nuestras peripecias sentimentales, proporcionando ciertos detalles, aunque sin revelar más de la cuenta. Era natural que por el transcurso del tiempo la confianza había ido desvaneciéndose. Ya no éramos esa pandilla homogénea e indomable que antes llegamos a conformar. Llevábamos dos años sin reunir al grupo completo, y esa noche, luego de la convocatoria que lanzó Pedro Ferrer (quien tiempo atrás aspiraba a ser corredor de bolsa y hoy era un desdichado empleado bancario), la suerte quiso que volviéramos a encontrarnos departiendo en la sala de su casa.

Aquellas fiestas eran en buena medida un ejercicio nostálgico, pero también de renovación de amistad. Una vez agotado todo lo relativo a nuestro presente, la conversación se trasladaba al recuerdo de las anécdotas del tiempo que pasamos juntos en el instituto. No había encuentro en que no trajéramos a la memoria uno que otro suceso que para entonces ya denominábamos como legendario, por ejemplo, la ocasión en que Carbonito (como ácidamente llamábamos al profesor de

Química, un hombre morenísimo y muy alto) sorprendió a Ferrer fumando mariguana en el laboratorio escolar. No se nos olvida la forma en que lo apañó al encender un porro con un mechero de Bunsen, o qué decir de lo ocurrido la mañana siguiente cuando Elena, tan cándida como siempre, tuvo a bien presentarse en la oficina del director, ataviada con un vestido antiguo, peluca blanca y unas gafas de grosor descomunal, haciéndose pasar por la tía-abuela de Ferrer. Esa vez logró engañarnos a todos. Ahora volvemos a reír cuando nos recuerda cómo, impostando la voz, le rogó a la máxima autoridad académica que reconsiderara el castigo para aquel supuesto familiar suyo. El director estuvo a punto de denunciarlo, pero después de la histriónica intervención de Elena y de una reprimenda (por igual memorable) solamente lo suspendió durante dos semanas y después lo obligó a acudir durante vacaciones de verano a pintar las paredes del raído instituto.

También recordamos la fascinación que nos provocaba la clase de Literatura. Teníamos un profesor, de apellido Cravelo, que nos inculcó, entre otras cosas, el gusto por historias de horror. Gracias a él conocimos cuentos de autores como Arthur Machen, M.R. James, Algernon Blackwood y, por supuesto, al gran H.P. Lovecraft, a quien rendíamos un culto desmedido. Era un lujo contar con Cravelo en la plantilla de maestros y nosotros éramos afortunados al leer relatos que en ninguna otra escuela hubiéramos conocido.

Cuando los recuerdos eran agotados, la charla terminaba por convertirse en un desfile de historias sobre hechos insólitos.

Había pasado tanto tiempo y nosotros aún conservábamos la costumbre de traer a cuento esos temas que a más de alguno fascinaban. No sé si fue por el cansancio, o porque ya era muy tarde (o temprano, según se vea), pero los relatos iban siendo cada vez más inverosímiles. La historia sobre la computadora poseída por fuerzas inauditas, relatada poco antes por Pinaud, comenzó a pesar ominosamente sobre cada uno de los invitados; además, entre nosotros era reconocida su fama de mentiroso. Recuerdo que cuando éramos compañeros de clase me contó que su padre fue un excéntrico millonario que mantuvo una colección de elfos disecados en su casa de campo de Valle de Bravo, y otros disparates por el estilo.

Fue así que Ferrer propuso cambiar el tema al de los muertos vueltos en vida. Según él, era un conocedor del asunto y, en consecuencia, una voz autorizada para ilustrarnos al respecto. Alguien redujo la intensidad de la luz que iluminaba la estancia y todos nos sentamos en el piso formando un círculo como solíamos hacerlo en los años de insurrección estudiantil.

—El inicio de todo no es la película de Georges A. Romero —argumentó con ingenuidad nuestro anfitrión—, sino el origen haitiano de los zombis, tal como indica un estudio minuciosamente documentado del cual no recuerdo a los autores. Según esto, se cree que son personas traídas de vuelta de entre los muertos, a través de medios mágicos por parte de sacerdotes de vudú llamados *bokors* o *houngan*. El resultado del estudio aportó que la zombificación bien podría tratarse de una suerte de castigo, ya que los zombis han sido utilizados como mano

de obra esclava en granjas y plantaciones de caña de azúcar —dijo seguro de sí.

Como si fuera un experto, también nos habló del hallazgo del neurólogo francés Jules Cotard, quien en una conferencia impartida en 1880 en París expuso el caso de una paciente apodada Mademoiselle-X, la cual sufrió del llamado síndrome de negación y que opera cuando los pacientes asumen que sus órganos internos han paralizado sus funciones, que su corazón ya no bombea sangre, llegando a sufrir alucinaciones olfativas en el extremo de su delirio (olores repugnantes, como a carne en putrefacción); inclusive pueden llegar a convencerse de la existencia de gusanos deslizándose bajo su piel. Sin duda, un tema interesantísimo del cual, como era de suponerse, Ferrer no poseía ni un gramo de evidencia. Como fue percatándose de que ninguno estaba interesado ya en sus palabras, pronto cambió de tema y en su incipiente embriaguez nos recomendó cerca de seis veces que viéramos la serie de televisión francesa *The Revenants*, que trata sobre diferentes personajes que intentan regresar con sus familias luego de un tiempo de ausencia, sin saber que han estado muertos durante años. Antes de que comenzara a describirnos cada uno de los capítulos arruinándonos con ello la sorpresa, fue interrumpido por Elena, su entrañable y otrora tía-abuela, la más estrafalaria del grupo, quien recién había regresado de sus vacaciones en Europa. Al saberse invitada a participar esa noche, decidió no acudir con las manos vacías, por lo que contribuyó con una de sus lindas extravagancias: una botella de vodka polaco Spirytus Rektyfikowany,

que circuló de mano en mano vaciándose con rapidez, y cuyos 96 grados de alcohol comenzaron a filtrarse con notoriedad en la conducta de algunos.

Cuando Ferrer cerró la boca, ella nos contó un relato que tenía que ver con ciertas alucinaciones que su bisabuela tuvo a fines de los años setenta, pocas semanas antes de su muerte. Un tanto nerviosa, aunque dispuesta a compartirnos aquel suceso, removió su vaso, cuyo contenido era menos que poco, con sus finas manos ataviadas con pulseras de oro y plata compradas en Praga. La historia no era particularmente asombrosa: resulta que durante un largo periodo de agonía, la bisabuela aseguró que ciertas noches fue visitada por su difunto marido, el capitán Jiménez, un hombre que dedicó su vida completa a la Marina Nacional y quien durante sus apariciones le contaba con lujo de detalle sus aventuras en altamar.

—La prueba de que esas apariciones fueron reales —señaló para coronar su historia— era una flor que ciertas mañanas aparecía a un costado de la almohada de mi bisabuela. Una suerte de regalo que cada noche le entregaba el mismísimo capitán.

Según esto, la madre de Elena decidió conservar esas flores, que para ahora estarían secas. Después de dar un trago más a su vaso con vodka, dijo que su familia llegó a contar diecisiete rosas rojas, es decir, que documentaron el mismo número de apariciones del capitán. Entre murmullos y risas ninguno de los presentes pareció convencerse. Fátima, quien se aburría con aquellas historias, refunfuñaba ante cada episodio del

relato, emitiendo leves carcajadas que a los demás parecieron no molestarles. Pinaud también reía tratando de ocultar su rostro de escepticismo entre caladas de porro.

Para atenuar la densidad que iba tejiéndose en el ambiente, Antón (quien en la época de preparatoria aseguraba que sería embajador en algún país de Europa del Este, aunque no era más que un modesto administrador de empresas) tomó su turno para hablar, advirtiendo a los demás que el escepticismo no era buen consejero, que él mismo había despreciado durante muchos años cualquier relato que tuviera relación con fenómenos extraños, hechos sobrenaturales o apariciones; pero que después de su propia experiencia nada fue igual. Al invocar al espíritu que habitaba en la botella del vodka, tomando a esta por el cuello, pidió atención a los presentes dándole rienda a su propio relato:

—Verán —señaló después de un trago que le produjo tremenda carraspera que sólo pudo quitarse con una serie de tosidos, cuya resonancia asemejaba al arranque de un auto averiado—. Me sorprende que las historias de fantasmas que cuentan estén basadas en investigaciones dudosas, en series de televisión o en anécdotas familiares que ustedes sin duda no han podido verificar, y lo más asombroso es que van replicándolas en cada oportunidad que se les presenta. Las personas como ustedes suelen hablar de fantasmas sin haberlos visto, lo cual no es mi caso. Hace dos años mi perro Magnus desapareció en circunstancias anormales. Con seguridad se preguntarán qué demonios tiene que ver la ausencia de mi perro con los

fenómenos insólitos. Pues bien, mi leal labrador era una mascota que no solía buscarse problemas. Desde que nació, vivió siete años a mi lado, cuando por entonces yo trabajaba como administrador en la fábrica de plásticos Plastisa y vivíamos al sur de la ciudad. Pocos meses antes de que desapareciera sin dejar rastro, la empresa inició un proceso expansivo y hubo que abrir una planta en la zona norte. Los dueños decidieron que yo era el elegido para hacerme cargo de la administración de la nueva factoría y de esa forma fui asignado a dicho lugar, el cual se ubicaba a catorce kilómetros de mi casa, por lo que tuve que mudarme a una vivienda cercana. Después de buscar durante semanas en los avisos de ocasión de los periódicos y en sitios de internet un espacio que me convenciera para que pudiéramos vivir Magnus y yo, por fin encontré una pequeña casa de dos pisos en la zona de Los Sauces.

—¿En Los Sauces? —interrumpió Pinaud—, dicen que esa zona es muy peligrosa.

—Y lo es —dijo Antón—, pero no por la delincuencia sino por otro tipo de circunstancias. La casa que conseguí alquilar era amplia. En ella se distribuían tres habitaciones, cocina, dos baños, una estancia que funcionaba como sala y comedor, un patio donde pude instalar al perro con suficiente comodidad y un balcón con vista a la calle. Durante el poco tiempo que viví en Los Sauces tuve un mínimo contacto con los vecinos. Yo pasaba mañanas y tardes trabajando, por lo que me fue casi imposible convivir con ellos. Magnus era un animal joven, y por eso supuse que no le sería difícil acoplarse a nuestro nuevo

estilo de vida. Las primeras semanas en la planta requirieron mi presencia casi permanente, por lo que era mi obligación llegar temprano, incluso antes que los obreros. Para ello, tuve que administrar mi tiempo, y, a pesar de que ya no vivíamos en el sur, tenía que levantarme de la cama en la madrugada para darle a mi compañero su primer paseo, el cual llevábamos a cabo cerca de las cinco y treinta, cuando el sol aún no se ha asomado. Repetía la misma operación al regresar del trabajo, a las ocho de la noche. Una vez colocada su correa al cuello, lo encaminaba por las (hasta entonces) desconocidas calles de Los Sauces. Como el proceso de mudanza lo realizamos durante el invierno, ciertas madrugadas fuimos acosados por un frío que calaba hondo, pero no teníamos otra alternativa; si no dábamos el paseo a esa hora, no podríamos hacerlo sino hasta mi regreso de la fábrica y lo recomendable era que Magnus saliera a la calle al menos dos veces al día. ¿Ustedes se han preguntado por qué los perros algunas veces ladran sin motivo, es decir, cuando en apariencia no hay nada delante de ellos que los perturbe? Yo lo descubrí gracias al mío. La primera ocasión que lo saqué a caminar ocurrió algo extraño. Nuestra vivienda se localizaba casi al final de una calle cerrada, de manera que para salir de ella debíamos pasar por todas las casas de la cuadra que, según mis cálculos, eran ocho o nueve en cada acera. Cuando nos pusimos en marcha y dimos tan sólo unos treinta o cuarenta pasos, comencé a notar a Magnus inquieto, justo en el momento en que atravesaríamos por una casa que sobresalía entre las demás por su aspecto descuidado. Del buzón se

desbordaban volantes amarillentos con propaganda de restaurantes y escuelas. Sus paredes, necesitadas de una buena mano de pintura, eran desproporcionadas en tamaños y tonalidades. Un considerable puñado de hojas secas se había acumulado sobre la banqueta. Las ventanas, a pesar de estar cubiertas por gruesas capas de polvo, dejaban ver que las cortinas de las habitaciones de la planta alta permanecían cerradas. Pocos metros antes de transitar por el frente de aquella casa, Magnus se detuvo de improviso y se quedó paralizado como pocas veces. "Vamos, Magnus", le dije. "¿Qué pasa? Camina o llegaré tarde al trabajo". Estaba petrificado. Traté de convencerlo para que diera al menos un paso, aunque fue en vano. Intenté cargarlo. Se resistió. Normalmente, cuando caminábamos largos trayectos y él se fatigaba yo solía llevarlo en mis brazos. No era pesado; sin embargo, en esa ocasión no sé qué sucedió, pero se puso tieso como cadáver. "¿Qué te pasa?", le insistí mientras acaricié su lomo con suavidad. De pronto comenzó a jadear, aunque aún inmóvil. Por un instante asumí que la vista del perro era mejor que la mía y que al llegar a ese punto habría detectado a lo lejos la presencia de otro animal, tal vez otro perro, un gato o una rata. Saqué del bolsillo de mi chamarra las gafas que siempre llevo conmigo, me las coloqué para focalizar mejor, pero no vi nada frente a nosotros. Me pregunté si algo le dolía o si acaso quería defecar. Al parecer ninguna de tales posibilidades eran los motivos de su inusual comportamiento. Se puso a gruñir como si hubiera presentido un peligro frente a nosotros. Yo, con todo y mis gafas puestas, no vi más que la calle

despejada, en cuyas aceras había algunos automóviles estacionados. “Magnus, ¿qué has visto?”, le pregunté sobando su cabeza en un intento de transmitirle confianza. Él me miró con intención de advertirme algo. No descifré de qué se trataba. Pensé en la posibilidad de regresar a casa para que descansara, aunque después de mucho esfuerzo empezó a dar tímidos pasos. “Eso es, no pasa nada”, le dije ya un poco asustado. En ningún momento contuvo sus gruñidos. Cuando estábamos a cuatro metros de la casa referida, usó toda su fuerza para jalarme hacia la acera de enfrente. Fue incuestionable que por alguna causa quería evitar el paso por aquella construcción oscura y, en apariencia, deshabitada. Caminamos lento por el lado contrario. Intenté calmarlo, pero fue imposible. Justo cuando pasamos por esa casa, Magnus gruñó como si hubiera reconocido a alguien en su interior. Yo no distinguí si adentro había personas, ya que en un descuido solté su correa y él comenzó a correr con toda su fuerza. Tuve que ir tras sus pasos. No era sencillo avanzar bajo ese frío invernal. El viento sopló con fuerza en mi cara. A medida que recorría la calle, pude ver el aspecto de las otras casas y no advertí ninguna tan repelente como a la que me he referido ya. Encontré a Magnus al final de la cuadra, tiritando y con los ojos perdidos. Hasta ese momento no pude explicarme el motivo de su miedo. No me dejó mejor opción y tuve que llevarlo en mis brazos, a pesar de su resistencia. Durante nuestro regreso pasamos de nuevo por esa casa siniestra y el animal comenzó a temblar, y puedo decirles que no era por el frío. Volví a darle un rápido vistazo a la

vivienda, aunque no encontré nada que llamara mi atención. Lo llevé a nuestra casa, le di un baño con agua caliente y después de mucho esfuerzo logré que durmiera. Cuando llegó la noche, después del trabajo fui directo a nuestro nuevo hogar y encontré a Magnus inmóvil sobre la alfombra de la sala. Parecía que su pesadumbre no había terminado. Procuré darle de comer, pero no quiso ni un bocado de los trozos de carne que llevé especialmente para él. Lo acaricié y pude percatarme de que tenía mucha fiebre. De inmediato tomé el teléfono para solicitar la presencia del doctor Espinoza, su veterinario. El médico llegó a casa luego de una hora. Se disculpó por la tardanza, ya que tuvo que cruzar la ciudad entera, dado que no acostumbraba atender emergencias en la zona norte. Revisó al animal y dijo que no parecía encontrarlo grave, pero me sugirió suministrarle un remedio para controlarle la fiebre y que lo mejor era dejarlo que reposara por dos o tres días, en los cuales me abstuve de llevarlo a caminar. Preferí quedarme en casa con él, observándolo e intentando identificar la causa de su mal estado.

La semana siguiente, con Magnus recuperado y un mejor ánimo, volvimos a nuestros paseos de madrugada. Era inevitable pasar por aquella casa que había alterado los nervios del perro, ya que, como relaté antes, estaba situada en la misma acera que la nuestra. Quise prevenir cualquier situación y antes de echarnos a andar le dije a Magnus que sólo se trataba de un breve paseo, que no correría ningún peligro; sin embargo, mis palabras fueron en vano, ya que al acercarnos a la citada casa comenzó a ladrar, qué digo ladrar, lo suyo eran unos

aullidos agudos con los que consiguió despertar a otros perros de la misma cuadra, los cuales entonaron al unísono una sinfonía de gruñidos. Algunas luces se encendieron tras las ventanas de las casas cercanas y tuvimos que alejarnos de esa zona para no ser descubiertos o confundidos con delincuentes. Como podrán imaginarse, Magnus otra vez iba inquieto, caminando a toda velocidad. Esa misma noche la escena volvió a repetirse, lo cual confirmó mi sospecha de que en la casa había algo que inquietaba a mi perro. ¿Qué podría ser si no había nada en su interior? ¿Acaso algún animal muerto? La idea me pareció poco probable, ya que el olor a putrefacción lo habría delatado. El fin de semana decidí ir a echar un vistazo (como habrán de suponer) sin Magnus. Pasé tres o cuatro veces por el frente y con mucha discreción me atreví a tomar algunas fotos con mi teléfono. Al volver, las examiné con cuidado, pero en ellas no encontré nada que no hubiera visto antes. Ahí estaba el buzón desparramado de papeles, los muros descarapelando su pintura y las ventanas sucias. Me convencí de que nadie podía vivir en ese sitio.

Antón se sirvió otro vaso de vodka, al tiempo que con su mirada recorrió el rostro de cada uno de nosotros para confirmar que permaneciéramos atentos a su relato. Después de un largo silencio, Pinaud lo increpó:

—Y bien, ¿qué fue lo que pasó después? No dirás que ahí termina tu aventura. ¿Cómo fue que desapareció tu perro?

Después de un trago, Antón cerró los ojos por un instante, como si hiciese un esfuerzo por recordar el resto de la historia y continuó.

—No quiero agotarlos repitiendo que cada vez que salí con Magnus ocurrió exactamente el mismo fenómeno, esto seguramente ya lo habrán intuido. Lo que puedo decirles es que el pobre animal empezó a ponerse más enfermo, a dejar de comer y a perder peso. Yo no iba a quedarme con dudas, así que una tarde de sábado, mientras dormía su siesta, acudí a charlar con un sujeto a quien regularmente observaba barrer la banqueta por las mañanas. No tuve otra alternativa que preguntarle con discreción por la casa misteriosa, haciéndole creer que ante la posibilidad de que no tuviera dueño me interesaría comprarla. Nunca supe si el tipo, quien dijo llamarse Fernando, era residente del lugar, un mayordomo o el jardinero de alguno de los vecinos. Era un hombre redondo y de semblante frío. Después de insistirle que me proporcionara información, con muy pocas palabras me aseguró que desde hace años nadie habitaba esa casa misteriosa, que creía haber escuchado que perteneció a una pareja de ancianos, quienes vivieron en ese sitio y que una buena noche pusieron fin a sus vidas suicidándose en medio de un acto ritualista. “El hecho dio de qué hablar durante semanas entre los habitantes de Los Sauces”, dijo Fernando. “Hasta vinieron reporteros del canal ocho. La única sobreviviente de la familia fue la hija de la pareja, una muchacha, quien después de la muerte de sus padres vivió algún tiempo en esa casa acompañándose únicamente de un perro. Poco la vimos salir. Su presencia era casi como un mito. Dicen que con el tiempo la mujer se volvió loca, o al menos esa fama se granjeó entre los vecinos. Una mañana del

invierno de 2003 la encontraron colgada en un árbol del jardín trasero. Desde entonces, nadie ha reclamado la propiedad de la casa". En un intento por confundirlo sobre mis reales intenciones, le respondí: "Bajo esa advertencia, mejor me abstengo de indagar más sobre el asunto. Buscaré otra casa sin un historial tan siniestro como ese". Pero el hombre se limitó a corresponderme con un lánguido "ajá". Le agradecí y volví a casa. Encontré a Magnus despierto. Con su mirada parecía reclamarme por mi breve ausencia. Le prometí no volver a dejarlo solo. Esa noche no pude dormir por pensar en aquello que me contó Fernando. Como les dije antes, en esa época las historias sobre fantasmas me parecían ridículas, aunque algo ya empezaba a ponerme incómodo. Después de dar vueltas en la cama decidí que Magnus y yo haríamos nuestro último recorrido juntos por esa calle y que si volvía a suceder el mismo fenómeno, nos mudaríamos de ese lugar, aunque después de pensarlo con detenimiento, reconocí que ello conllevaría un considerable tiempo. Otra alternativa era ofrecerlo en adopción y que alguien lo llevara a vivir a un hogar diferente, pero yo estaba muy encariñado con él.

Llegó el domingo. Magnus lucía un poco más tranquilo. Al menos quiso comer una mínima ración de carne a la hora del desayuno y durmió casi toda la mañana, por lo cual tuve que postergar nuestro recorrido hasta la noche. Cerca de las once le coloqué su correa alrededor del cuello. Tan sólo al verla el pobre animal empezó a aullar. Le prometí que nada terrible le ocurriría, que era la última vez que nos expondríamos al

fenómeno desconocido. La noche era gélida en esa hora en que ya no queda nadie en la calle. Los vecinos quizá ya dormían o estarían viendo algún programa de televisión, pues la luminiscencia de las pantallas se reflejaba en algunas ventanas. Emprendimos el camino. Pasamos por la casa donde antes charlé con Fernando cuando, en un arranque Magnus corrió hacia la casa misteriosa. Lo seguí tan rápido como pude. "¡Magnus, Magnus!", le grité sin que hubiera parecido escucharme. Al llegar, comprobé que el animal no tiritaba como en ocasiones anteriores. Mi sorpresa fue mayor al percatarme de que el buzón se había vaciado de volantes propagandísticos y de que sobre la banqueta ya no estaban las hojas secas que vimos en ocasiones anteriores. Alguien las había quitado, ¿Fernando, acaso? Esta vez la casa pareció no emitir ninguna suerte de mala influencia sobre mi perro, que olfateaba con curiosidad la puerta del garaje. Lo que nos asustó de verdad fue un poderoso estruendo en el cielo, que de inmediato provocó que una lluvia copiosa cayera sobre nosotros. Después escuchamos un trueno mayor que nos hizo saltar, aunque esta vez no fue por su sonido sino porque un transformador de energía reventó cerca de nosotros cortando la luz eléctrica en toda la cuadra. Magnus ladró, aparentemente sin temor. Debo confesar que en esa ocasión el que sufría por pánico era yo, que no tuve más remedio que gritarle a mi mascota que debíamos volver para resguardarnos de la lluvia. Volví a mirar de reojo la casa, al tiempo en que una cadena de rayos iluminaban la calle. Cuando puse mi vista en las ventanas de la planta alta, creí

ver la imagen de una mujer muy pálida, asomada tras las cortinas entrecerradas, como si estuviera espiándonos desde adentro. Tuve que ahogar un grito, aunque sólo pude musitar "M... Mag... nus". Los ojos de la mujer me siguieron, estoy seguro de ello. El perro se detuvo en la puerta y ladró ininterrumpidamente como si pidiera que lo dejasen entrar. Me eché a correr con dirección a casa, pero al ver que me alejaba, Magnus hizo lo mismo detrás de mí. Les confieso que esa noche los papeles se intercambiaron, ya que mi mascota durmió a placer en su patio y yo no pude pegar el ojo a causa de lo que había visto, asociando todo eso con lo que antes me contó Fernando.

El lunes me dispuse a salir con destino a la fábrica. Tomé mi auto y pasé por la casa donde puedo jurar que la noche anterior vi la imagen de aquella mujer. Conduje lo más lento que pude para observar con cuidado el exterior y me percaté de que la imagen del sitio era la de siempre. Ahí estaba toda esa basura en torno al buzón y las hojas que, con seguridad, se habrían derribado a causa de la tormenta de la noche anterior. Sabrán ustedes que durante la mañana entera no pude concentrarme, me encontraba agotado por no haber dormido. Admito que un cierto desasosiego se apoderó de mí. En lugar de hacerme cargo de mis actividades, pasé las horas debatiéndome si esa noche debía llevar a cabo el paseo con Magnus o no. Finalmente, decidí que era lo mejor. Nada como enfrentarse a los propios miedos para ahuyentarlos. En mis cavilaciones llegué a plantearme la idea de llamar a la puerta de esa casa, pero después pensé que en el supuesto de que alguien

me abriese no sabría qué decir. Cuando volví por la noche, Magnus me recibió en la puerta, moviendo la cola y dando pequeños saltos. Su semblante era nuevo, daba la impresión de que me estuviera pidiendo que lo sacara a su paseo nocturno. Así fue. Le coloqué su correa y salimos. Al atravesar por el frente de la casa de la mujer (para entonces yo ya la llamaba así) nada relevante ocurrió. Caminé lo más rápido posible; sin embargo, mi gran sorpresa sucedió cuando pasamos de regreso. Hasta aquí, no sé si continuar el desarrollo de esta historia, dado que en aquel momento creí haberme vuelto loco después de lo que vi.

—Vamos —habló Ferrer—, no nos dejes así. ¿Qué pasó?

—Bien, veo que están interesados por saberlo. Cuando mi mascota y yo pasamos de regreso no pude evitar girar mi cabeza hacia la casa de la mujer. Les aseguro que la vi asomando medio rostro desde el portón del garaje. Pude ver su frente y sus ojos. Su semblante era pálido, como el de un cadáver; su pelo era un estropajo sucio y viejo. La puerta permanecía cerrada, aunque daba la impresión de que ella estuviera subida sobre una silla, una cubeta o algo por el estilo, observando desde adentro lo que acontecía en la calle. Vi con claridad cómo su mirada nos siguió a Magnus y a mí. Traté de parecer indiferente, pero mi perro se echó a correr y de inmediato fui detrás de él. Al entrar en nuestra casa cerré la puerta con doble giro de llave y ordené al perro que se resguardara en el patio. Mi agitación me hizo creer que por un momento vomitaría los pulmones. La mañana siguiente encontré a Fernando lavando

un antiguo Maverick marrón y me atreví a contarle lo que me había sucedido desde la primera vez que mi perro y yo atravesamos la casa vecina. Le juré haber visto a aquella muchacha asomándose desde el garaje. Luego le pregunté: "¿Y si se trata de la hija de los ancianos suicidas? Usted lo dijo antes, Fernando; ella era casi como un mito. ¿Qué tal si sigue viva?". Me respondió que yo estaba loco, que eso era imposible. Luego agregó: "Verás, Antón. Ese es tu nombre, ¿no es así? Esa muchacha murió hace más de diez años. Se colgó". "¿Y cómo se explica usted la limpieza del buzón y de las hojas en el suelo?", inquirí. Él me contestó: "Quizá los del ayuntamiento se hagan cargo de arreglar el exterior de la casa de vez en cuando. Yo no lo haría ni aunque me pagaran".

Me retiré pensando en cualquier posibilidad. ¿Era yo quien sufría de alucinaciones? Transcurrieron algunos días en que suspendí mis caminatas con Magnus. No sé describir si era temor o abulia, pero hubo algo en el ánimo del perro y en el mío que nos desmotivaba a llevar a cabo cualquier actividad. Fue como si el pánico o la mala energía acumulada (llámenle como quieran) se hubiera filtrado en nuestra casa. Durante cuatro noches consecutivas dejé de dormir. Pasé el tiempo con el televisor encendido a manera de acompañamiento. Magnus ya no dormía en su patio sino en la sala. Cuando a la quinta noche por fin conseguí reposar un poco, tuve un sueño muy extraño: una tarde de domingo dando el paseo con Magnus pasamos por la casa de la mujer y él se echó a ladrar incesantemente frente al garaje. Con sus patas rascaba la puerta como

si tuviera necesidad urgente de que alguien la abriera para dejarlo entrar. Yo le pedía que nos alejáramos de ahí, pero a cada ladrido Magnus fue desapareciendo. Sí, comenzó a volverse invisible hasta que no pude verlo más, aunque pude continuar escuchando sus lamentos. Yo lo llamaba por su nombre sin que me respondiera, hasta que su imagen se desvaneció. Sentí gran congoja al ver cómo mi perro se había esfumado por completo; sin embargo, lo que en verdad ocurrió es que fui abruptamente despertado por sus ladridos reales. Desde la cama volví a reconocer aquellos aullidos de horror que solía emitir a causa del miedo. Me levanté de un salto y encendí la lámpara de noche. Con cierta torpeza me conduje hasta el pasillo con dirección a la sala. Pude ver a lo lejos el brillo de una luz tenue. ¿Acaso habría dejado alguna luz encendida? Los ladridos de Magnus eran cada vez mayores. Me quedé petrificado cuando vi al perro gruñéndole a la mujer de la casa vecina, quien estaba suspendida en el aire al centro de la sala como en una suerte de trance rodeada de un halo de luz. Sólo la cubría una bata antigua, como esas que tienen holanes en el cuello y las mangas, sí, como esas que antaño usaban las abuelas. Confirmé la palidez de su rostro. Puedo asegurar que sus ojos eran de un rojo como nunca vi, y el color de su pelo más rojo aún. Nunca sentí tanto miedo. Instintivamente di un grito y le arrojé un libro que tuve al alcance, sin que pudiera acertarle un golpe. Ella se detuvo de su trance y me sonrió mostrando una espantosa dentadura podrida e incompleta. ¿Saben de lo que les hablo? Aquella cosa me estaba mirando. Magnus fue a refugiarse debajo de uno de

los sillones. "¿Qué quieres?", grité a la mujer, quien no separó su mirada de la mía. "¡Fuera de aquí!", le ordené como pude al tartamudear, pero ella pareció no escucharme.

Retrocedí algunos pasos para dar media vuelta y dirigirme tan rápido como pude a la puerta de la casa. Las manos me temblaban, por lo que pude abrirla con mucha dificultad. En cuanto Magnus escuchó su chirrido al abrirse, salió de su escondite corriendo hacia la calle a toda velocidad. Nunca lo vi dar zancadas tan veloces. Con torpeza, tomé las llaves del auto que esa misma noche colgué en el llavero de la entrada y, entre tropezones, conseguí salir. Una vez dentro del vehículo, aceleré a fondo. Las avenidas de Los Sauces estaban desiertas. Para entonces, el bloqueo en mi mente me orilló a ignorar el rumbo al que debía dirigirme. Conduje durante varios minutos sin saber adónde ir. Se me ocurrió marcharme hacia la fábrica en busca de refugio, aunque a esa hora naturalmente la iba a encontrar cerrada. Pasé la noche entera patrullando la ciudad. Me encaminé hacia el centro. Vi los museos y las oficinas gubernamentales cerradas. A esa hora sus fachadas lucían tétricas. No encontré a ninguna persona en la calle, salvo a un par de vagabundos durmiendo afuera de la catedral cubiertos con trozos de cartón. Me alejé del centro hacia la zona sur. Pensé en abandonar la ciudad, pero finalmente desistí. Continué conduciendo durante horas hasta que vi salir el sol.

Muy temprano acudí a la oficina del Ministerio Público para interponer una denuncia por allanamiento en mi casa y pedí apoyo para localizar a mi perro. Los funcionarios se

tardaron en atenderme más tiempo de lo tolerable y, como se imaginarán, me tildaron de loco cuando les conté la historia ajustándome a la absoluta verdad. Al terminar mi declaración, le insinué a unos policías que era probable que mi vida estuviera en peligro y pedí que un elemento me acompañara de regreso a casa. Tardaron en convencerse, pero, ante mi insistencia, permitieron que uno de los novatos acudiera conmigo. Tuve que esperar hasta que el muchacho terminara de borronear unos formatos y no fue sino hasta el mediodía que me acompañó. Él entró primero en la casa verificando que no hubiera nadie adentro. Yo lo esperé afuera dando miradas repentinas a la casa de la mujer fantasma sin que notara nada más allá de lo normal.

"Al parecer todo está en orden, no hay señales de violencia ni de robo", dijo al tiempo que se despidió saludándome con la mano.

Estoy seguro de que creyó que su presencia en mi casa habría sido una absoluta pérdida de tiempo. Sin pensarlo mucho, entré en ella para tomar algunas pertenencias y guardarlas en una maleta. Luego salí con intención de no regresar nunca. Me instalé en un hotel del centro, en el que permanecí durante las semanas posteriores. Busqué a Magnus por las calles de Los Sauces sin poder localizarlo. Ante mi fracaso, tuve que acudir a las veterinarias cercanas y a las perreras municipales, donde nadie pudo informarme si habían visto a mi mascota. Sin dar mayores explicaciones en la fábrica, solicité mi reasignación a la planta de la zona sur. Los directores se mostraron dudosos,

aunque finalmente accedieron gracias a que siempre fui un empleado importante para ellos.

Antón guardó silencio después de un largo suspiro. Cuando vio que no había más vodka en su vaso, remató:

—Yo la vi, a la mujer. Todavía no me explico qué conexión hubo entre el pobre Magnus y ese fantasma. Desde entonces me convencí de que los perros perciben fenómenos extraños y gracias a él yo vi a uno, el de la hija de los viejos que habitaron esa casa siniestra. No puedo asegurarles que todo esto lo haya superado todavía.

Ferrer permaneció hundido en su pensamiento; en su cara había media sonrisa, como la del incrédulo que procesa con dificultad cada una de las piezas de la historia recién contada. Pinaud, con los ojos entrecerrados, parecía seguir acordándose de sus aparatos electrónicos poseídos por el diablo o quizá de los elfos de su padre. Elena, notoriamente borracha, dio el último trago a su vaso, pero sin decir ya una sola palabra. La hierba también se nos había terminado. Debo confesar que el relato de Antón me dejó pensativo, al menos por un momento. No supe si creer del todo aquella historia. Un pesado silencio se apoderó de la sala. Parecía que esa tertulia estaba llegando a su culmen. Con un dejo de petulancia, Fátima se me acercó cautelosa para murmurar con aliento mortuorio:

—Vámonos. ¿No comprendes que todo esto es una farsa?

Al parecer, ninguno de los presentes la escuchó, aunque estoy seguro de que notaron el sobresalto que provocó en mí cuando apoyó su gélida mano sobre la mía.

ALGUIEN QUE CUIDE DE MÍ

No voy a negártelo, Julián. Tú más que nadie has sido testigo de esta ansiedad, de esta variante nerviosa o desconcierto. Llámalo como quieras, a mí ya me da igual. Es un padecimiento sin remedio, aunque a veces intuyo que nada de lo que me sucede es cierto, que tan sólo se trata de soledad mal encausada. Ahora temo casi a cualquier cosa. Ya no tolero los sonidos nocturnos. Me aterra la posibilidad de que mientras duerma, una araña suba por mi cuello y no me percate. El crujido de las tablas debajo del colchón me altera tanto como tu indiferencia. El estruendo que producen las tormentas, a últimas fechas me resulta insoportable. Pero la idea de quedarme sola, esa sí, no puedo siquiera imaginarla porque es entonces cuando me vienen los escalofríos y un pavor invade mi pensamiento como si se tratase de una parvada de cuervos iracundos. Qué le vamos a hacer. También es cosa de vejez y esa tampoco tiene remedio. Y además de todo, esta lenta ceguera que ha ido oscureciendo mi entorno. Y claro que tú podrías asegurar que ya era oscuro desde antes, si consideras que no he puesto mis pies en la calle desde el otoño de 2014. ¿O fue desde el invierno de 2013? Esta abulia ha venido a estropear mis recuerdos. Cuando una vive enclaustrada, la noción del tiempo se desvanece con facilidad, las mañanas son eternas, las noches se soportan a cuentagotas

y el mundo (por increíble que te parezca) se vuelve mucho más inseguro. Mientras tanto, tú te das gusto al cerrar las cortinas. Parece que te avergüenzas de la carroña que habita tu misma casa. A veces supongo que si recuperara mi vista, me seguirías ocultando tras esas pesadas telas que no dejan pasar ni un gramo de luz. Ve tú a saber cuáles son tus motivos. Tal vez lo tuyo también sea patológico. Vaya que cada quien tiene el padecimiento que se merece. El mío agudizó otros sentidos, el privilegiado fue naturalmente el oído. A veces escucho con claridad tu respiración cuando estás en tu dormitorio, incluso si merodeas en la cocina. Sé que no me lo crees, pero justo en este instante puedo escuchar la caída de gotas en la llave del baño, al otro lado de la pared, en la casa vecina. Ese grifo ha requerido arreglo desde hace meses, pero la señora Rebolledo es tan tacaña que nunca pagaría los servicios de un plomero. En otros tiempos el desperdicio del agua era casi un pecado; sin embargo, hoy las personas son tan displicentes que nada les importa ya. También a su casa le hace falta fumigarse. Te lo digo porque puedo escuchar la marcha de las ratas al subir por paredes, por mesas y lámparas. El sonido de sus patitas es fácil de percibirse. Pero te decía, la gente ya no pone atención a los fenómenos que ocurren a su alrededor. Basta que se te atrofie alguno de tus sentidos y entonces sabrás lo que es reparar en las cosas. Otra vez me distraje. Olvidé lo que te iba a decir. Cierto, te hablaba del problema del grifo. Me da rabia que se desperdicie tanta agua a causa de personas tan imbéciles como la señora Rebolledo, aunque cada quien sus egoísmos. Y no te hagas el

que los muertos te llaman, ya que no eres la excepción. Desde niño también fuiste egoísta y lo sigues siendo. Mírate ahora, al grado de tenerme aislada, como si fuera un fenómeno de circo, pero puedo asegurarte que no estoy loca porque sé que me escuchas aunque de vez en cuando te hagas el sordo. Todo este descuido hacia mí lo pagarás, si no en esta, en otra vida. Dicen que en este mundo una abona para bien o mal a su futura existencia. Yo ya no guardo rencores, ni te los quiero heredar. Puedo ser temerosa, mas no tengo vergüenza de nada. Y ya que hablamos de asuntos vergonzosos, hace un par de tardes vinieron unos policías preguntando por ti. Por las voces, calculé que eran tres. Tú, como siempre, me dirás que estabas trabajando, pero puedo apostar que fuiste a emborracharte con esos supuestos amigos tuyos de la cerrajería. Fue durante mi siesta vespertina cuando aquellos orangutanes golpearon la puerta cerca de tres veces. Hubieras visto cuánto esfuerzo me costó levantarme de la cama, tomar mi andadera y con mínimos pasos dirigirme a su llamado.

—Estábamos a punto de irnos. Buscamos a Julián Rivas Expósito —gruñeron sin poner por delante un buenas tardes los hijos de la chingada.

También mencionaron algo relacionado con una causa judicial, o algo por el estilo. Tuve que impostar mi voz para enfatizar mi pobre condición. Les mentí. Aseguré que ya no vives más conmigo, que eres un ingrato y que por favor dejaran en paz a este trapo de mujer.

—Si lo ven, díganle que venga a traerme algo de pan y de leche —les sugerí contundente para que se marcharan.

Yo, como siempre, cuidándote la espalda. Deberías agradecérmelo, aunque sé que no te importa. ¿Y por qué te buscan, Julián? Vamos, puedes decírmelo. Tan grandecito y todavía metiéndote en problemas. Al ver el estado en que me encuentro, los gendarmes se retiraron fingiendo haberse apenado, pero sé que no creyeron un carajo de lo que les dije, que pronto volverán y entonces tendré que levantarme de mi cama con mucho esfuerzo e inventar otra historia que sirva como distractor para esos idiotas. En aquel momento, no sé por qué vino a mi memoria ese cuento que me leíste hace años en el que unos policías llegan a una casa y encuentran a un hombre escondido debajo de los tablones de madera. Si mal no recuerdo, lo descubrieron a causa de los fuertes latidos de su corazón. Cuánto terror sentí al imaginarme la posibilidad de que esos policías vuelvan y me encuentren muerta, ya toda tiesa, y tú ni siquiera te enteres por andar allá, gastándote tu dinero en esas tabernas que huelen a orina y a alcohol rancio. Cómo disfruté esas tardes en que me leías esos cuentos que me dejaban pensativa durante semanas y semanas. También recuerdo a Montresor y Fortunato, aquellos personajes envueltos en una venganza que algo tenía que ver con catacumbas y un amontillado. A veces imagino sus rostros, sus cuerpos. Y así paso semanas enteras, dibujando mentalmente sus rostros y sus cuerpos. Y a la semana siguiente, otra vez.

Yo sólo quiero que mientras viva no hagas más estupideces. Aguanta un poquito que no falta mucho para que me vaya de aquí. No te metas en más problemas. Sólo deseo que

no vengan a despojarnos de nuestra casa. Imagina a dónde iría con mi decrepitud si nos echaran. Por ahora, quiero que me dejen morir sin interrupciones, sin que me obliguen a levantarme de esta cama, que a pesar de su dureza, es mi único sitio en el mundo, donde vivo como esos animalitos que no requieren interacción con otros. Pero, ¿sabes? Yo soy fuerte. ¿No te has dado cuenta? No en vano me llamo María de los Ángeles Severina Expósito. ¿Tienes alguna idea de por qué llevamos ese apellido? Seguramente nunca te lo habías preguntado. ¡Tan ignorante que has sido siempre! Expósito era el apellido que antiguamente en España se les asignaba en orfanatos a los niños abandonados por sus padres. Tu abuelo, Alfonso Expósito García, insigne abogado barcelonés, tuvo oportunidad de cambiarse el nombre completo cuando llegó a vivir su exilio en México, aunque nunca lo hizo, prefirió conservarlo a través de su descendencia. Tú bien sabes lo displicentes que somos en esta familia. El caso es que yo no te abandoné en tu niñez, por tanto, no eres un expósito aunque lo lleves en el apellido. Nunca lo fuiste. Sin embargo, ahora eres tú quien suele dejarme sola dentro de esta casa. Las semanas transcurren y no sé nada de ti hasta que luego se te ocurre aparecerte de manera inesperada. Sé que furtivo llegas, vacías mi refrigerador y vas a dormirte al dormitorio de al lado sin antes decirme: "¿Se te ofrece algo? ¿Respiras?". Ignoras que paso largas noches despierta, aunque esté aquí callada en este pútrido rincón. A ver, dime qué hice para que me des este trato, si nunca te desatendí, ni a tus otros miserables hermanos que no son buenos para

telefonearme. Los muy astutos no se han tomado la molestia de avisarme si siguen vivos. Quisiera pensar que no se los han llevado presos como un día te llevarán a ti, Julián. A poco crees que no me doy cuenta, si todos son parásitos. En fin, ya sólo debo conformarme con tu esporádica presencia y tu silencio de témpano. Me repugnan tanto esas actitudes tuyas que cuando me quedo sola me vienen pensamientos hostiles, todo el rencor lo proceso en mi dormitorio, en soledad. Por momentos se me antoja sofocarte con un almohadón mientras duermes. Pero soy tan cobarde que no me atrevo. Y sé que algún día seré yo quien yazca debajo del almohadón a manos tuyas. ¿No es así, Juliancito? ¿Por qué no confiesas de una vez que planeas deshacerte de mí? Claramente te escucho cuchichear con extraños al teléfono. Sé que te vendría bien que yo no esté y quedarte entonces con la casa. ¿No es así? Respóndeme. ¿O es que en verdad ya me mataste y ni me di cuenta? No sabes cómo quise estrangularte cuando se te ocurrió la idea de sugerirme que lo que me hacía falta era el acompañamiento de alguna mascota. Ay de ti, condenado. Aquí, el único animal eres tú. Espero que nunca se te ocurra traer un gato, ya sabes cómo los detesto. Aunque ahora que lo pienso, un gato ayudaría a exterminar las ratas que vienen de la casa vecina. Sin embargo, prefiero que sigamos así, el problema de los roedores no es de nosotros sino de la miserable señora Rebolledo. Y espero que nunca vayas a traer a tus mujerzuelas. ¿Crees que no me doy cuenta? Ya sabes lo celosa que soy. Estoy segura de que pasas noches en otras casas cuando afirmas que estás ocupado con

tanto trabajo. ¿Me estás escuchando, o acaso duermes a esta hora de la mañana, holgazán? Si es así, mejor sigue dormido. También llegará para ti el momento en que conciliar el sueño se convierta en faena. Para entonces, yo también estaré durmiendo, tres metros bajo tierra, o ¿acaso no te vas a molestar en enterrarme? Por cierto, antes mencioné la palabra *mañana*, pero dime qué hora es. ¿Ya pasó la tarde o por qué está tan oscuro? Para el momento en que despiertes quiero que por favor hagas limpieza. Hace días que no has sacado la basura acumulada y esta casa ya huele muy mal. El hedor no me deja dormir y cuando por fin lo consigo, me despierto con facilidad porque de pronto sueño que estoy muerta, que mi carne se ha podrido, que empiezo a apestar y nadie viene a recogerme. Entre sueño y realidad no hay gran diferencia, pues desde este encierro me siento muerta en vida, como si me hubieras enterrado ya hace muchos años. Sabes bien que el infierno es este silencio tan pesado que a veces cae sobre mis hombros como una roca que no puedo sostener. Hace un par de noches desperté muy asustada. De pronto, no supe en dónde estaba. Ni siquiera recordé tu nombre como para gritarlo. Tampoco sabía el nombre de esta ciudad. Entonces me di por muerta, pensé que después de todo, morirse se trata de olvidarse del nombre de las cosas. Con voz bajita me puse a nombrar ciudades para ver si así me venía a la mente el correcto: Morelia, Matamoros, Tampico, Puebla. Y mucho más que saber en qué ciudad me encontraba, me invadió la urgencia de salir de ella, por mucho que se tratase de la ciudad donde hubiere vivido todo el tiempo.

Morelia, Matamoros, Tampico, Puebla. Esta ciudad debe estar maldecida por el olvido. De pronto, no paré de repetir la palabra Roma. Roma por aquí y allá. Roma toda la noche. Roma hasta al hastío. Y yo que nunca he ido a Roma. ¿O sí?

Después llegó la lluvia a azotar los cristales. Si supieras cómo se va apoderando el miedo de mí cada vez que escucho las gotas que caen sobre la ventana; me revuelvo impaciente en cama; después intento levantarme, aunque no lo hago por temor a incurrir en un tropiezo y que tú no estés en casa. Esas gotas van golpeando como perdigones furiosos, cada vez con mayor fuerza y cuando menos lo imagino ya estoy en medio de una tormenta que logra erizarme como si fuese niña asustadiza; sin embargo, nadie debe saber, Julián, que le temo al sonido de la lluvia. No lo divulgues, guarda para esta vieja algo de dignidad.

Y hablando de andar de pie, debo confesarte algo (a estas alturas de mi vida ya no puedo ocultarte nada porque nada ganaría con ello). Te voy a contar un suceso que me ocurrió mientras tú estabas en Toluca, dizque haciendo tus trabajos de cerrajero. Hace semanas o meses (me da lo mismo) casi no pude dormir, cosa que ya es frecuente. Fue la primera noche después de cuatro que no llovió, y nada que pude cerrar los ojos. Ya no sé qué hacer con este insomnio. Sabes que me acompaño de la radio cuando estoy sola, lo que es casi siempre. Me sé de memoria los programas que se transmiten a partir de las seis de la tarde. A veces me divierto imaginando los rostros de los locutores. Puedo apostarte que Martín Fernández, el que da las

noticias, es un hombre de mediana edad que se tiñe el pelo de rubio y le queda muy mal, además tiene evidentes marcas de acné en su rostro. Lola Lima, la del programa de espectáculos, tiene voz seductora, cualquiera pensaría que se trata de una mujer joven y atractiva, pero no lo es, y su excesivo sobrepeso defraudaría a sus admiradores. ¿Tú los has visto? ¿Verdad que tengo razón? El caso es que esa noche, ante la falta de sueño, estiré mi brazo derecho (el más torpe) para alcanzar el radio-reloj y poner algo de música que lograra arrullarme. Me invadieron unas ganas irresistibles de escuchar una canción de Agustín Lara; sin embargo, fue tan brusco mi movimiento que sólo conseguí empujar el aparato y este fue a dar al suelo logrando desconectarse del enchufe. No sabes cuánta rabia me dio. Mi ansiedad se puso al tope. Quise llorar, pero me dije que únicamente los débiles gimotean. Para sosegarme un poco, recité con voz quedita aquellas canciones que hoy con dificultad recuerdo completas. Entre dientes escupí algunos canturreos, algo así como *en esta noche de frío, de duro cierzo invernal, llegan hasta el cuarto mío las quejas del... del arrabal*. En fin, pasé la noche lamentándome entre cancioncitas truncas.

Si supieras cuánto me costó conectar aquel aparato al día siguiente. Estuve toda la mañana buscando el maldito enchufe detrás de la mesita de noche. Y una vez conectado, me percaté de que la aguja se había movido, ya no estaba en el sitio de mi estación favorita. ¡Cómo sufrí para encontrarla de nuevo! Tuve que pasar el sintonizador despacito por cada una y en el trayecto escuché oleadas de vulgaridades, noticieros insulsos y música

espantosa. Luego caí en cuenta de que estuve buscándola en FM cuando toda la vida la escuché en AM. Repasé toda la frecuencia sin encontrarla. De pronto, algo extraño ocurrió durante mi búsqueda. Me topé con un programa en donde una chica muy alegre entrevistaba a un hombre que podía adivinar el futuro mediante la lectura de las cartas. Algo como eso que llaman... ¿tarot? ¿Qué se yo? Me detuve ahí para escucharlo por un momento. Era una especie de mago llamado Benjamín Landowsky, quien aseguró haber adivinado el futuro de grandes estrellas del cine. ¿Sabías que fue él quien predijo el divorcio de Angelina Jolie y Brad Pitt? Resulta que el señor es un iluminado porque poco tiempo después la noticia corrió como pólvora por todos los medios. Fue él quien también se adelantó a asegurar que el dólar iba a cotizarse en más de veinte pesos. Y mira. Se cumplió. ¿Te das cuenta, Julián? Pues bien, el señor Landowsky anunció en ese programa que la tarde siguiente estaría dando consultas al público, aquí en la ciudad, en el Gran Centro Comercial, que adivinaría el futuro a todos aquellos que se presentaran ante él, y que por ser ocasión especial, esas consultas las iba a cobrar a mitad de precio. Sé que te causará molestia lo que voy a decirte, pero esa noche la pasé debatiéndome en si debía acudir a ese sitio o no. Se apoderó de mí una intriga sobre mi futuro y sobre todo de cómo iba a ser el tuyo, Julián. Pasé muchas horas pensando en las preguntas que podría formular a ese tal Landowsky. Hay tantas cosas que quisiera saber. Deseo asegurarme de que me vas a cuidar hasta mi muerte. Debo saber si te casarás y formarás tu propia familia. A veces fantaseo con la idea de ser

abuela de un niño o una niña Expósito. Fue así que después de muchas horas de pensarlo, me armé de valor.

Al día siguiente me levanté más temprano de lo acostumbrado. Me acicalé como no lo hice en varios años; deshice los nudos de mi pelo con un cepillo que, a tientas, encontré en el baño de tu dormitorio. Saqué del bote de galletas algunos billetes que guardo para emergencias, tomé mi viejo bastón y me decidí a abrir la puerta de la casa para emprender el camino hacia el encuentro con el señor Landowsky. Debo confesarte que la simple idea de salir sola me revolvió el estómago. Introduje mi llave en el picaporte con dificultad porque mi estúpida ceguera no me dejó localizar el ojo de la cerradura y porque mi pulso era notoriamente tembloroso. Tardé casi media hora abriendo esa condenada puerta, pero cuando lo conseguí una punzada me recordó que a mi edad no es buena idea hacer estupideces. No obstante, seguí adelante con mi plan. Sentí el primer golpe de aire en mi rostro y para pronto me encontré con un serio problema. ¿Cómo iba a dar con ese Gran Centro Comercial? Hace años que no salgo de casa y en ese momento no tenía idea de cómo trasladarme hasta allá. ¿Y si estaba muy lejos y durante el trayecto pudiera perderme? Entonces se me ocurrió caminar muy despacito rumbo a casa de la señora Rebolledo. Al llegar, fingiría que estaba ahí para saludarla, aunque también me iba a tomar el atrevimiento de pedirle un gran favor. Mientras di ciertos pasitos hacia su puerta me sorprendió reconocer el aire de la calle que es tan diferente al que respiro dentro de casa. Parada frente a la puerta vecina golpeé

tres veces con mi bastón; sin embargo, nadie atendió a mi llamado. ¿Y si la familia Rebolledo ya no vivía en esa casa? Volví a tocar con más fuerza hasta que por fin escuché del otro lado los pasos de alguien acercándose. Por fin abrieron. Después de un breve silencio, reconocí la voz de la vecina.

—¡María! ¡No lo puedo creer! —dijo al verme.

Saludé sin mucho ánimo, aunque tuve que decirle que me daba gusto encontrarla. Hablamos de mi estado de salud, de mi ceguera y de ti, Julián. Le platiqué que aún vives conmigo, que eres el único que aún cuida de mí. Después de esa conversación forzada, le tuve que pedir que por favor me llevara en su automóvil al Gran Centro Comercial, que en verdad era muy importante trasladarme hacia allá en ese mismo momento. Inventé que iba a encontrarme con una sobrina a quien no veía desde hacía mucho tiempo. Claro que, cual tacaña que es, me respondió que su vehículo estaba averiado y que no había podido llevarlo al mecánico. Puse tal cara de angustia que estoy segura de que le caló profundo. Entonces dijo que iba a ayudarme de otra forma. Sin moverse un paso, llamó a gritos a Toribio, uno de sus hijos a quien vi por última vez cuando era un niño insoportable y que ahora ya es adolescente.

—Toribio. Hazme un favor. Acerca a la señora Expósito a la parada de autobuses porque necesita ir al Gran Centro Comercial —ordenó nuestra vecina.

—¿La señora Expósito? Pensé que estaba muerta —exclamó su horrible hijo mirándome como si tuviera enfrente de sí a un fantasma.

—No seas grosero. ¿Qué no la estás viendo aquí parada?

—Ah cabrón, es cierto —respondió fingiendo pena al verme del otro lado de la puerta.

—Mira, María, Toribio te va a acompañar a que tomes un autobús que te va a llevar a dos cuadras del Gran Centro Comercial. Al llegar ahí, pide ayuda a alguien más para que te encamine al sitio.

Le agradecí sin demasiada expresividad. Le prometí que pronto volvería a visitarla para ponernos al tanto de nuestras vidas.

Nos pusimos en marcha aquel muchacho y yo. Iba tomada de su brazo mientras caminaba muy lento. El chico regordete era torpe en su andar. Hablamos poco o casi nada durante el trayecto rumbo a una parada de autobuses cercana. Al llegar a ese punto escuché el sonido de un microbús que se detuvo muy cerca de donde nos encontrábamos. Toribio me ayudó a subir al vehículo y le pidió al chofer que me avisara cuando llegásemos al Gran Centro Comercial.

—Que alguien le ayude a bajar porque no ve —dijo el chico.

Tomé asiento en primera fila, que, por los murmullos de los pasajeros, calculo iría a medio llenar. Aquel traslado fue eterno. No tuve idea de que el Gran Centro Comercial estuviera tan lejos. A cada rato le pregunté al chofer si ya habíamos llegado y este me respondió muchas veces que no, que no y que no. Cuando logré desesperarlo me gritó que él iba a indicarme en el momento en que llegáramos, que por favor guardara silencio. Esa máquina destartalada era

lentísima y se iba deteniendo en cada esquina para subir a más y más personas.

Por fin, en la parada correspondiente, el chofer me ayudó a bajar de aquella lata rodante.

—El lugar que usted busca está a unos pasos de aquí, señora. Pida ayuda a alguien más para que la acerquen —dijo el tipo que pronto se subió de nuevo a su vehículo y arrancó con un estruendo de motor que no consigo olvidar.

La parada estaba localizada a un costado de un puesto de periódicos. El hombre que lo atendía tenía voz de viejo. Fue él quien me ayudó a llegar caminando hasta la entrada del Gran Centro Comercial.

—¿A dónde se dirige? —preguntó.

—Voy a ver a Landowsky, el adivinador, el que lee cartas.

—¿A quién?

—Es un hombre que adivina el futuro.

—Válgame, señora. Ojalá no la vayan a estafar. Vaya usted con cuidado.

Cuando entramos al Gran Centro, que asumo debe de ser muy grande, el hombre tuvo que preguntar por todas partes en dónde encontrar al tal Landowsky. Un vigilante por fin nos dio señales. Se trataba de movernos pocos metros, posteriormente doblar a la izquierda, para finalmente bajar por una escalera eléctrica. Ahí encontraríamos al adivinador, justo afuera de la tienda de lámparas El Mundo de Cristal.

Bajamos esa escalera con mucho cuidado. No puedo explicarte la emoción por sentirme ya tan cerca del hombre que

daría respuesta a todas mis preguntas. Sentí que mi corazón iba a estallar en pedazos, tal como en esas noches lluviosas de las que ya te he platicado. Cuando por fin llegamos, escuché muchas voces. Parecía que Landowsky logró convocar a tantas personas que el hombre de los periódicos contó cerca de ochenta personas formadas en una fila. Todos ansiosos por entrevistarse con el adivinador de la radio.

—Señora —murmuró el tipo tomado de mi brazo—, aquí hay demasiada gente y parece que están tardando mucho en pasar. Temo decirle que debo volver al puesto de periódicos. ¿Le importa si la dejo aquí?

No sabes, Julián, el pavor que sentí cuando dijo esa última frase. Bajo ninguna circunstancia quise quedarme sola en esa fila rodeada de extraños, pero como por un golpe de suerte, una mujer vino hacia nosotros. Presumió que era parte del equipo del señor Landowsky, para ser precisa, su asistente personal. Supongo que al verme vieja y ciega, se compadeció hasta el punto de permitirme pasar adelante en la fila, previo pago de cuatrocientos pesos por esa consulta. Nadie pareció molestarse por el hecho de que atendieran a una anciana antes que a los demás. La mujer me tomó del brazo para llevarme a unos pasos del adivinador, que, por lo que escuché, estaba terminando de atender a otra señora. Pocos segundos antes de que llegara mi turno, la asistente de Landowsky se acercó a mí y me ordenó:

—No se tarde por favor, tiene dos minutos con él.

Cuando por fin llegó mi turno, ella me acercó a la mesa donde Landowsky despachaba a las personas.

—Es ciega —le advirtió la asistente.

—Buen día, señora —dijo Landowsky—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Señor, ayer lo escuché hablar por la radio. Tengo varias preguntas para usted. Algunas tienen qué ver sobre mi salud y otras sobre Julián.

—No, no, no, señora —farfulló el hombre—. Esto no es charla de café. Tenemos tan sólo dos minutos por cliente. Así que elija bien lo que quiera preguntarme.

—Pero usted dijo ayer…

—Pero nada. Venga. Pregunte o muévase, que hay muchos clientes esperando detrás.

¿Lo puedes creer? Con qué gran hijo de puta fui a encontrarme. Ahí estaba yo parada frente a él con mi cara de estúpida tratando de pensar qué iba a preguntarle. Quise consultarle entre otras cosas cómo serán mis últimos momentos, si las noches de lluvia terminarían pronto, si la policía iba a dejar de presentarse en casa, aunque finalmente y ante la presión de su asistente sólo tuve a bien decirle:

—Quiero saber si Julián será feliz.

—¿Quién rayos es Julián, señora? —me respondió el muy cabrón.

—Mi hijo, el único que aún vive conmigo. Tiene cuarenta y tres años y es cerrajero.

—Bien. Veamos —murmuró al tiempo que barajaba sus cartas—. Eso lo decidirá usted. Elija una —me ordenó.

Tomé un naipe de entre un abanico que puso enfrente de mí. Luego se lo di. Él lo puso sobre la mesa y le dio vuelta.

—Es un ermitaño —dijo sin mucho ánimo—. ¿Sabe usted lo que eso significa?

—No. Usted dígame.

—Representa la prudencia, la sabiduría y el silencio. Habla de un retiro del mundo de forma circunspecta y silenciosa. Pero también es sinónimo de la inmadurez, de los vicios. ¿Acaso su hijo es testarudo? El ermitaño está asociado a la misantropía y la misoginia. Ojo, señora, Julián debe de tener algunos enemigos. Es muy factible que en cualquier momento él desaparezca por un largo tiempo. Pídale que no la abandone, que trabaje en eso.

—¡Se acabó el tiempo! —gritó de pronto la asistente—. Si quiere hacer otra pregunta, fórmese y pague de nuevo.

No voy a sorprenderte si te digo que salí muy decepcionada de aquel encuentro. Estoy segura de que lo que me dijo ese tipo no es verdad, que tu futuro nada tiene que ver con soledad ni con inmadurez o vicios. Me avergüenza reconocer que siendo tan vieja no haya aprendido a evitar caer en garras de tipos charlatanes como Landowsky. Sé que no eres el mejor ejemplo de hijo, ni yo de madre, pero nuestro futuro será bueno, Julián. Te lo digo yo y no necesito que me lean las cartas para asegurártelo.

No debería contarte cómo regresé a casa, es penoso, pero en fin. Estaba convencida de que no iba a volver por mi cuenta a la parada de camiones. Pedí a un desconocido que me

acompañara a la calle para tomar un taxi. Este me cobró noventa pesos por el traslado, aunque yo ya sólo tenía veinticinco en mi monedero. El conductor se molestó mucho, pero al final se compadeció de mi condición hasta el punto de perdonarme el faltante en el pago.

Entré a casa furiosa y avergonzada conmigo misma por lo que hice. Esa noche, otra vez no pude dormir. Encendí la radio en búsqueda de ese tema de Agustín Lara que tanto deseaba escuchar y no lo encontré. Gotas de lluvia comenzaron a golpear furiosas sobre la ventana. Cada vez más rápido. Y más, y más. Se había desatado una nueva tormenta. Mentalmente repasé el traslado en el autobús, la bajada en las escaleras eléctricas de aquella plaza y las palabras de Landowsky; lo ridículo de todo esto. Otras gotas también rodaron por mis mejillas. Esa noche sólo quise morirme de una vez. ¿Qué más te puedo decir? Si estos son mis problemas cotidianos no sé por qué te los estoy contando a ti que nunca me escuchas. A ti que ya no te preocupas ni por esta vieja inquieta, Julián... ¿Me escuchas? ¡Responde! ¡Carajo!... ¿Julián?

PAROSMIAS

¿Acaso Humberto habría ido a Barcelona para seguirla?
Por ese entonces, entre los alumnos de la facultad prevalecía un notorio entusiasmo por novelas como *El Castillo de Otranto* y *El monje*. Después de semanas en que ella les habló acerca de atmósferas sobrenaturales, *raccontos* y escenas pesadillescas, entre otros elementos del género, logró evidenciarles la influencia sin precedentes que esas y otras obras ejercieron en la literatura fantástica.

Una noche de viernes celebró el fin de curso en un restaurante de la Gran Vía de les Corts, rodeada de un puñado de sus estudiantes, cuya intención era continuar conversando más allá del aula sobre narraciones con pactos demoníacos, monasterios ruinosos y mitos relativos a la contravención de las costumbres del catolicismo romano.

Julio era un mes significativo porque por aquel tiempo cumplía diez años de haberse mudado a Barcelona. A esas alturas, ya le parecía lejana la tarde en que recibió un sobre rotulado por la universidad, el cual contenía su aceptación en el máster de Literatura. Dos años después, cuando concluyó de manera sobresaliente tales estudios, obtuvo un cargo como profesora en el departamento de posgrados. Desde entonces sintió haber conseguido algo importante en su trayecto

académico, gracias al sacrificio que implicó haber dejado atrás su pasado y su propio país.

La cena se extendió hasta muy entrada la noche. Al darse cuenta de lo avanzado de la hora, liquidó su parte correspondiente de la cuenta, se despidió de sus pupilos y se marchó apresurada para encontrar aún abierta una estación del metro y así conseguir colarse en un convoy que la llevara al vecindario de Sants. Como no era costumbre suya viajar tan tarde, en esta ocasión se notó sorprendida al verse dentro de un vagón que en lugar de ir repleto de trabajadores y estudiantes, tal como ocurría por las mañanas, iba semivacío, por lo que sus pasajeros eran figuras de fácil detección: una pareja besándose sin mesura, un trío de drogadictos dialogando sin claridad en sus palabras y una anciana que aparentaba dormir, pero que de vez en cuando abría los ojos para canturrear un estribillo irreconocible.

Al volver a su departamento se detuvo en el corredor de la planta baja para extraer del buzón comunitario la correspondencia acumulada. De entre un puñado de volantes con toda clase de propaganda y cupones de descuento, rescató un ejemplar de la revista mensual de la Facultad de Filología; un estado de cuenta emitido por su banco; así como un sobre negro, en cuyo centro encontró escrito a mano y con tinta blanca su nombre y domicilio. Era el tercero de la especie que recibía en un lapso de cuatro meses. Advirtió que al igual que los anteriores, este no llevaba remitente, aunque pudo deducir con facilidad que provenía de México, gracias a las estampillas

conmemorativas del natalicio de Ignacio Ramírez, un intelectual, político e impulsor de la reforma liberal, quien en su tiempo fue conocido como el Nigromante. Desde que comenzó a recibir ese tipo de misivas anónimas, le causó curiosidad saber quién continuaba utilizando el servicio postal como medio de comunicación. Pronto descartó la idea de que aquel sobre hubiera sido enviado desde San Luis Potosí por su madre o por su hermana Berenice, toda vez que el contacto que sostenía con ellas era a través de videollamadas y nunca mediante correo ordinario. Trató de adivinar quién de sus antiguos compañeros de universidad se hubiera atrevido a localizarla a través de una carta, pero ninguno de ellos pasó por su mente. Hizo un ejercicio de memoria y recordó que a lo largo de su vida fue destinataria de cartas, a lo mucho en tres o cuatro ocasiones, aunque hace más de veinte años, cuando radicaba en el país de donde procedían aquellas estampillas.

Abrió la revista para cerciorarse de que en la edición de verano se hubiera incluido su reseña sobre la *Conspiración contra la especie humana*, de Thomas Ligotti, la cual, en efecto, apareció publicada en la página trece. En enero del siguiente año Mariana iniciaría su doctorado, y para entonces ya tenía claro el objeto de su investigación: un estudio crítico sobre la obra de este escritor norteamericano del género de horror; tan era así que ya había solicitado apoyo al director de la facultad, ahora convertido en su jefe, para que mediante el conducto institucional pudiera conseguir una entrevista en Michigan con el autor de Noctuario, sin que aún recibiera respuesta.

Como el cansancio la estaba venciendo, optó por no conjeturar sobre la procedencia de aquel nuevo sobre, así que subió las escaleras para entrar en su departamento, se puso su bata de noche y se tumbó sobre la cama con el objeto de sumergirse en un sueño que la transportara a un campo mental distinto. No fue sino hasta la mañana siguiente que después del desayuno y de un baño con el que logró desadormecerse, decidió abrir el sobre, pero en su interior (como ya lo suponía) no encontró carta ni nada que se le pareciera. El contenido era una hoja de papel negra con un párrafo escrito a mano en tinta blanca con un pasaje bíblico:

> No sea hallado en ti nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni hechicería, o sea agorero, o hechicero, o encantador, o médium, o espiritista, ni quien consulte a los muertos. Porque cualquiera que hace estas cosas es abominable al Señor; y por causa de estas abominaciones el Señor tu Dios expulsará a esas naciones de delante de ti. Deuteronomio 18.

Repasó el texto sin comprender su significado, ya que no era lectora frecuente de la Biblia. Tampoco reconoció la caligrafía del autor que, tal como en los casos anteriores, era medianamente legible. Cuando hubo guardado el papel dentro del sobre, se preguntó si acaso era una broma de sus alumnos, pero pronto descartó esa posibilidad, ya que, a su juicio, ninguno de sus estudiantes se habría tomado la molestia de conseguir las estampillas procedentes de México sólo para hacerle una jugarreta. ¿Acaso se trataba de un mensaje cifrado? ¿Por qué incluir un pasaje del Libro del Deuteronomio? Con curiosidad

propia de investigadora literaria, asumió que los fragmentos plasmados dentro de cada sobre recibido bien podrían tratarse de una suerte de rompecabezas textual. Imaginó una serie de posibilidades sobre la continuación de aquellos episodios iniciados hace cuatro meses, aunque sin darles demasiada importancia.

Como cada sábado, dedicó gran parte de la mañana a poner orden en su departamento, actividad que le servía como distractor del trabajo académico, aunque también como fuente de ideas, ya que mediante la limpieza de su pequeño piso ubicado en Carrer del Miracle lograba despejar su mente para que vinieran a ella todo tipo de argumentos con posibilidad de ser plasmados en sus artículos y ensayos. Mientras retiró el polvo acumulado sobre ventanas, a través de las cuales se distinguían sucursales bancarias, farmacias y uno que otro café, recordó que por aquel entonces tenía pendiente la escritura de un artículo sobre la posible influencia de Ligotti en la serie de televisión *True Detective* para publicarlo en una revista mexicana. Finalmente, todos los documentos que iba redactando serían buenos adelantos de su futura tesis doctoral.

En ciertas ocasiones sus actividades domésticas podrían tomarle una mañana completa, y esa no fue la excepción. Casi siempre empezaba por el baño, luego ventanas y el dormitorio, para terminar con la pequeña cocineta. Lavó algunos platos, limpió la estufa de dos quemadores y la vieja licuadora de su época de estudiante en México. Ella no solía acumular alimentos por temor a que por el transcurso del tiempo se echaran a

perder; sin embargo, esa mañana encontró dentro de su heladera un pequeño recipiente de plástico blanco donde guardó el sobrante de una sopa de setas del día anterior. Sin pensárselo, lo puso entre sus manos para constatar su temperatura, pero para su sorpresa no estaba frío. Retiró la tapa con dificultad, y al hacerlo fue desprendiéndose un olor a podredumbre que le produjo repugnancia e instintivamente lo soltó hasta caer sobre el piso, que pronto fue invadido por una masa amorfa y pútrida. A punto del vómito, retrocedió unos pasos, aunque el hedor era tan contundente que tuvo que abrir todas las ventanas y la puerta del departamento para que entrara aire fresco. Salió al pasillo a respirar, y cuando hubo pasado la náusea, entró de nuevo a tomar un paño con el cual cubrió su nariz y boca. Aquel potaje ya no guardaba el aspecto de la sopa del día anterior; su consistencia era espesa y su coloración había cambiado hasta alcanzar una tonalidad verdinegra, tal como si de pronto hubiera sido invadida por hongos. Le pareció que esa mezcla era dueña de movimientos propios. Con mucha dificultad pudo limpiar lo derramado. Cuando terminó con tal faena se derrumbó sobre el sofá de la sala, preguntándose cómo era posible que una sopa preparada una tarde antes y guardada en la heladera se echara a perder en tan poco tiempo al punto de emitir un olor tan repugnante e intenso. El incidente la dejó tan mareada que se dispuso a cerrar los ojos por un momento, pero al abrirlos, lo primero que apareció ante su vista fue el sobre negro que había dejado en la mesa. Lo puso de nuevo entre sus manos para volver a leer aquel texto bíblico y

continuó dudando por el posible origen de su mensaje sin poder darse respuesta, hasta que se fue quedando dormida.

Sus sueños la remontaron a su vida en México. De pronto, se vio diez años atrás cuando era estudiante de Filosofía y Letras. Por su cabeza pasó el tiempo en que gastaba días y noches leyendo a los clásicos con asiduidad, y de cuando era novia de Humberto, el flacucho greñudo con camisetas de Freddy Krueger y Michael Myers al pecho, y a quien, cuando consiguieron graduarse, ella tuvo que dejar a cambio de su nueva vida en Barcelona. En el sueño revivió el momento en que se despidieron. Aún recordaba los reclamos violentos de aquel muchacho, sus palabras lacerantes que en conjunto parecían una retahíla de amenazas hacia quien en ese momento ya no lo quería. En tanto que las ventanas del departamento se quedaron abiertas, el sueño fue desvaneciéndose a causa del ruido callejero que se iba colando de a poco: bocinazos de automóviles, gritos de vendedores callejeros y niños jugando en la calle. Se incorporó del sillón para tomar de nueva cuenta el sobre negro y se atrevió a suponer, por primera vez, que el posible remitente era ese novio de su pasado. Sin entusiasmo, recordó, entre otras cosas, el momento de la separación, los posteriores mensajes de texto en la pantalla de su teléfono en los que Humberto le rogaba con insistencia que no se fuera de San Luis Potosí. Ahora ella no tenía claro cómo es que pudo enamorarse de un individuo tonto y mediocre, cuyas ansias de convertirse en escritor de relatos de horror lo hacían parecer un *freak* entre el resto de sus compañeros. Desde aquel entonces, Mariana estuvo

convencida de que lo único que tenían en común era un gusto desmedido por la literatura, pero nada más. También recordó la extravagante fascinación que ese exnovio sostenía por los aromas extraños. Con cierta frecuencia él le aseguró que en la historia de la literatura el olfato era un sentido menospreciado por los autores. Cada vez que tenía ocasión, Humberto acostumbraba compartirle historias escritas de su puño y letra, donde los personajes eran objetos fétidos, según él, dueños de una originalidad inusitada.

—Pobre —se dijo Mariana al recordarlo ya sin ningún tipo de cariño.

Guardó el sobre dentro de una gaveta donde solía archivar todos los documentos que no eran de su interés y se olvidó del asunto. Las semanas posteriores las pasó concentrada en sus asignaturas y redactando aquel artículo pendiente sobre Ligotti.

Una mañana de mediados de agosto, después de impartir una clase sobre los cuentos de Joseph T. Sheridan Le Fanu, Mariana se dirigió a su pequeño cubículo universitario, donde se topó con un nuevo sobre en su escritorio, sin que nadie pudiera darle explicaciones de cómo habría llegado. Luego de interrogar a cada uno de sus colegas cercanos, ninguno pareció haberlo recibido. Tampoco nadie vio entrar a quien, en su caso, lo hubiera sembrado entre un cúmulo de libros, exámenes y trabajos escolares. Ese sobre era idéntico a los que había recibido en casa: negro y con su nombre escrito con tinta blanca; sin embargo, en esta ocasión el domicilio que

figuraba al centro era el de la facultad. Como era de esperarse, tampoco tenía datos del remitente. La única diferencia es que las estampillas eran catalanas, lo que le provocó una cadena de estremecimientos. Hay una línea que divide el juego con el hostigamiento, y a su juicio, quien estuviera detrás de esos envíos ya la estaba pasando. Con manos sudorosas tomó el sobre debatiéndose entre abrirlo o mejor llevarlo a la comisaría e interponer una denuncia. A últimas fechas, la universidad había implementado severas medidas para evitar situaciones de acoso y ella no iba a permanecer indiferente. Era necesario tomar las herramientas que estuvieran a su alcance; sin embargo, dejó el sobre sin abrir.

Esa tarde comió en la cafetería de la facultad junto a Eleonora, una profesora de Literatura Clásica y una de sus amigas frecuentes. Le contó por primera vez y con lujo de detalle la forma en que recibió este sobre y los anteriores; le aseguró que al principio creyó que era algo divertido, pero que en ese momento estaba empezando a dudar de la intención de tales documentos. Eleonora le dijo que no debía preocuparse, que eso no era indicio de que algo malo le pudiera suceder y la conminó a abrir el nuevo sobre que llevaba guardado entre páginas de un ejemplar de *Carmilla*. Ayudándose del cuchillo con el que previamente había untado mantequilla en el pan, lo abrió por el costado derecho y desdobló con cuidado la hoja de papel que sacó del interior. Tal como pudo adivinarlo, el texto no era ninguna carta, tampoco un fragmento bíblico como el que llegó a su departamento. Le dio un rápido vistazo y

después se dispuso a leerlo en voz alta frente a su amiga. Decía lo siguiente:

> La fetidez volvió a despertar a Marina, el olor a carne putrefacta y vísceras la sustrajo velozmente de sus sueños. Entre conatos de arcadas se revolvió en la cama. No era la primera vez. De pronto volteó a su derecha, donde Norberto dormía profundamente, con una quietud mágica, ausente de los atroces olores. Tuvo que contener el vómito y hacer un esfuerzo por permanecer inmóvil, esperando que todo fuera producto de su agotada imaginación.

De pronto volvió a su memoria la imagen de Humberto. Al instante volvieron los recuerdos de los años de noviazgo que tuvieron en San Luis Potosí, de la idea de aquel iluso estudiante de llevar a cabo una investigación sobre malos olores y literatura de horror. Había en este nuevo texto una serie de elementos que apuntaban a él como el único sospechoso de ser el autor. Los cambios de nombres (tan patéticamente similares) y la situación descrita eran más que evidentes. ¿Acaso era tan estúpido como para incluir nombres tan parecidos a los suyos y sugerir que esa Marina dormía al lado de un tal Norberto? Entre risas nerviosas le aseguró a Eleonora que en caso de que su sospecha fuera comprobada, le daría mucha pena que el chico siguiera siendo tan torpe como fue anteriormente. Nunca se imaginó que volvería a tener algo que ver con ese infeliz de quien no sabía nada desde hace más de diez años. Se preguntó si era posible que se tratara de una suerte de venganza por haberlo dejado. Le resultaba increíble que el rencor hubiera hecho nido en el corazón de ese muchacho torpe y que tanto

tiempo después explotara de forma tan ridícula. Al terminar de comer, Eleonora se despidió no sin antes decirle que podía contar con ella en esto, que si necesitaba algo de su parte, no dudara en llamarla.

Cuando Mariana entró a su cubículo con intención de calificar exámenes no pudo ya concentrarse. Pasaron por su cabeza ciertas interrogantes. ¿Cuándo fue exactamente la última vez que vio a Humberto? ¿Y si él estuviera al tanto de sus actividades cotidianas? ¿Cómo reaccionaría si de pronto lo encontrara deambulando por los pasillos de la universidad? ¿Cómo luciría ahora, después de tanto tiempo transcurrido? Lo imaginó como empleado de un local de venta de cómics durante las mañanas y como un psicótico perseguidor de mujeres por las noches. Fue tal su paranoia que en vez de enfocarse en su quehacer se dispuso a navegar por internet. Entró en decenas de buscadores y en algunas redes sociales con idea de encontrar información sobre Humberto Pedroza, el tipo que, a su juicio, era el principal sospechoso de provocar esa suerte de hostigamiento que estaba sufriendo mediante la emisión de tales sobres. Su búsqueda no tuvo suerte. También investigó en la página web de la Universidad de San Luis Potosí con objeto de encontrar datos de aquel exalumno, pero no dio con nada; ningún rastro suyo. Entonces desistió de la búsqueda y fue a emprender una caminata por el campus universitario a fin de aclarar sus ideas.

En los pasillos del edificio de la facultad se topó con Iñaki, un joven y despistado profesor de latín, quien a últimas fechas

había logrado convertirse en uno de sus amigos cercanos. Un poco apenada, le contó la situación por la que estaba pasando, pero él le dijo que todo eso seguramente era una mala broma o algún proyecto de escritura experimental por parte de alguien que quería interactuar con ella. Le sugirió que no se abrumara por algo tan elemental, que pronto esa historia tendría un desenlace satisfactorio. Para disuadirla de sus pensamientos paranoicos, se ofreció a acompañarla en su paseo por el campus y así pudieron conversar sobre películas que se estrenarían en los cines ese fin de semana. Iñaki era un tipo tímido que no podía esconder cierta fascinación por Mariana, quien después de esa charla se sintió más tranquila, prometiéndose que iba a continuar con sus actividades sin preocuparse por esos ridículos sobres. Las conversaciones con Iñaki eran un disfrute, a veces se prolongaban más de la cuenta y esa vez no fue la excepción, pero al ver su reloj se percató de que era momento de volver a casa. Decidió que esa tarde iba a caminar hasta su departamento con el fin de despejarse. El trayecto de la universidad a su casa podría tomarle cerca de cuarenta minutos, tiempo suficiente para pensar en temas más amables.

Apenas hubo salido de la facultad y caminado tan sólo tres cuadras, se detuvo ante un grupo de personas congregadas en torno a un camión recolector de basura que volcó. Sobre el asfalto fueron a rodar cientos de bolsas repletas de kilos de papel higiénico sucio, trozos de cartón e innumerables restos de comida. Atravesar ese sitio implicaría la respiración fétida de los desperdicios regados por todas partes, por lo que decidió

dar vuelta a la cuadra para encaminarse a la calle paralela, sin importarle que de esa forma el camino a su destino se hiciera más largo aún.

Esa noche llegó a su departamento un poco más tarde que de costumbre, con idea de dejar atrás todo lo acontecido en las últimas semanas. Durante el trayecto a su edificio pensó que la mejor forma para olvidar el asunto de los sobres sería darse un baño con agua caliente, luego servirse un trago de una botella de mezcal que llevó consigo de su último viaje a México y disponerse a leer alguno de los libros que aún tenía pendientes o, en su defecto, entregarse a alguna película y permitir que el sueño la fuera venciendo poco a poco. No obstante, apenas al cruzar el umbral, sus planes se vieron truncados al percatarse de que otro sobre más había sido arrojado por debajo de la puerta. Ahí estaba, bien cerrado e inmóvil sobre el piso, esperándola como si se tratase de un barco detenido en medio de un océano de mármol. Soltó un par de carcajadas nerviosas, aunque luego le fue inevitable sentir un pánico que se apoderó de ella hasta el punto en que sus manos comenzaron a temblar involuntariamente. Lo que al inicio ella determinó como un juego divertido, ya era en definitiva una pesadilla. No supo qué pensar. ¿Y si Humberto estuviera cerca de ahí, acechándola desde hace meses? Para ese momento se había convencido de que su exnovio estaba dispuesto a provocarle cualquier daño posible.

Salió del departamento y después del edificio para constatar la presencia de alguien sospechoso en los alrededores, pero no vio más que a un vendedor de helados y a una pareja de

adolescentes que paseaban tomados de la mano. Volvió a entrar al inmueble y, armándose de valor, tomó el sobre para abrirlo con violencia y extraer de su interior una hoja negra, aunque esta vez escrita con tinta roja, que contenía el dibujo de un círculo cabalístico y una especie de letanía, como las que sirven para la invocación de los médiums:

> *... La, qui appauit in monte Sinai, cum glorificatione Regis Adonay, Saday, Sbaoth, Amatay, Marinata, Abin leia, qui María creavit, stagna et omnes aquas in secundo die, quasdam super coelos, et quasdam in terra. Gabrie qui est praepositus diei Lunae secundo, quod prome labores et adimpleas omnem meam patitionem, justa meum velle et votum meum, in negotio et causa mea. Amén...*

Y al reverso decía:

> Las cosas no fueron iguales para él desde el momento en que la conoció. Tampoco cuando ella decidió partir a Londres con la finalidad de iniciar sus estudios de especialización en poesía inglesa. Aquel fétido olor se introdujo en su nariz hasta provocarle la peor de las náuseas, hasta dormirla, poco a poco.
>
> Y así fue como Norberto cobró venganza ante el abandono en que lo había dejado Marina.
>
> P.D.
>
> No dejes de respirar.

Su estómago se revolvió. Anduvo en círculos por la pequeña estancia. Fue tal su ofuscación que de sus ojos brotaron algunas gotas. Tosió sin control y, cuando pudo recuperar el aire, sus gritos invadieron la estancia:

—¿Qué quieres? ¿Qué quieres de mí?

Se tiró al piso llevándose las manos al rostro y vociferó más fuerte, como si estuviera poseída, mientras sus palmas se

llenaban de sus propias lágrimas ansiosas. Trató de calmarse, pero sin éxito. Con dificultad tomó el teléfono para llamar a Eleonora y notificarle lo ocurrido. Con palabras entrecortadas apenas pudo decirle que otro sobre apareció en su departamento, que esta vez tenía miedo. Estaba segura de la cercanía de su hostigador. Ella le sugirió que no abriera la puerta a extraños y que la esperara, que en menos de media hora estaría a su lado. Veinte minutos fueron los que tardó en acudir. Al llegar, la abrazó con fuerza y le preparó un té para ayudarla a tranquilizarse. Con los nervios controlados, ambas leyeron el nuevo texto. A juicio de Eleonora, nada de esto era tolerable y no iba a permitir la recepción interminable de esos ridículos sobres que ya le estaban provocando un notorio perjuicio a su amiga.

Decidieron que lo mejor era presentarse ante la autoridad para denunciar el hostigamiento y pedir custodia inmediata, pero como es natural en este tipo de casos, no obtuvieron resultados favorables. Llegaron a una comisaría cercana y relataron los hechos desde el inicio. El oficial que se encargó de tomarles su declaración leyó en repetidas ocasiones los textos que había dentro de cada uno de los sobres. Luego se los mostró a su superior, a fin de pedirle su parecer. ¿Qué se podía hacer ante un caso tan peculiar? Después de una larga discusión entre ambos elementos, les dijeron que al no contar con certeza de la identidad del remitente de los sobres, ellos no podrían proceder a nada. Así que le sugirieron a Mariana que se mantuviera alerta por si algún sospechoso merodeara por su edificio o por la

universidad, y que en caso de que llegase a recibir otro sobre, no dudara en avisarles.

Salieron de ese sitio con el ánimo hecho trizas. Ahora estaban seguras de que la policía en nada les podría ayudar. Volvieron sus pasos rumbo al departamento de Mariana. Cuando avanzaron un par de cuadras tuvieron que pasar por una callejuela solitaria y con muy poca iluminación, de donde se percataron que se desprendía un olor que ya no era el de comida podrida ni de basura, sino algo mayor. Una fetidez aguda e irrespirable.

—¿Te das cuenta Eleonora? —sentenció Mariana—. Alguien ha puesto una maldición sobre mí con estas estúpidas cartas. Primero la sopa, después la troca pestilente de basura, ¿ahora este olor repugnante? Siento que me voy a desmayar.

Su amiga le recomendó que se marcharan del sitio, que volvieran a la comisaría, pero Mariana se opuso al proponerle que recorrieran ese pequeño corredor hasta dar con el origen de esa pestilencia. Quizá ahí encontraría a Humberto para encararlo. Pensaba gritarle que la dejara en paz de una buena vez. Se había convencido de que el muy imbécil se escondía detrás de todo esto. Se tomaron de la mano y con la que les quedó libre cubrieron sus narices para evitar la aspiración de aquel hedor. Caminaron lento adentrándose en esa calle, cuyo alumbrado era menos que poco. Cuando avanzaron diez metros, algo cercano a ellas se movió súbitamente en el suelo. Mariana vio un bulto y creyó que se trataba de algún perro callejero. Eleonora extrajo su teléfono para encender la lámpara de

emergencia y apuntó al sitio de donde provenía el movimiento. Lo que encontraron fue un vagabundo dormitando, cubierto de trozos de cartón y que de vez en cuando regurgitaba. Ambas dieron un grito que logró sobresaltar al indigente, quien, por el olor que desprendía de su cuerpo, daba la impresión de que no había tomado un baño en meses. Enfurruñado, les pidió que lo dejaran en paz o que le dieran una moneda. Ellas huyeron veloces de la callejuela y retomaron el rumbo. Esa noche, por precaución, durmieron en casa de Eleonora.

Luego del incidente transcurrieron semanas sin que Mariana volviera a recibir otro sobre. No obstante, su estado de salud fue deteriorándose. Ahora cualquier aroma que entraba por su nariz, por mínimo, le parecía insoportable. Con el transcurso del tiempo empezó a experimentar una serie de náuseas y jaquecas. Todas las sensaciones olfativas le eran irritantes, incluso aquellas que antes disfrutó tanto, como las de las flores o la del pan recién horneado. Cuando llegó la época de vacaciones en la universidad, optó por permanecer algún tiempo recluida en su departamento. Le hacía mucha falta el reposo, por lo que pasó mañanas y noches enteras en cama, aunque sin mucho éxito, ya que cada vez le resultaba más difícil conciliar el sueño.

Una noche de septiembre decidió prepararse una cena singular a fin de darse ánimo. Se armó una gran hamburguesa de doble carne y un helado de chocolate; incluso vació gran parte de la botella de mezcal que guardaba para ocasiones especiales. También se regaló un trozo considerable de pastel de

chocolate. Todo un exceso para alguien como Mariana, cuyos hábitos alimenticios eran diferentes. Sabía que al abusar de una cena como esa iba a tener problemas para dormir; sin embargo, se fue a la cama con un libro de Stephen King entre las manos, hizo el intento de leerlo, pero no pasó de la página cinco, ya que sin darse cuenta se quedó dormida.

Transcurrieron dos o tres horas en las que pudo conciliar el sueño sin interrupciones, cuando, de pronto, y aún dormida, comenzó a percibir inquietud en su interior. De su estómago emergieron sonidos similares a los de una digestión dificultosa. Debido al agotamiento que se había apoderado de su cuerpo no pudo descifrar si se percató de lo acontecido o si lo estaba soñando. Dio vueltas en la cama para encontrar una posición que le facilitara el descanso, aunque eso no fue suficiente. Aquellos sonidos se fueron incrementando. Entró en esa suerte de fase incómoda en la que se duerme y se piensa simultáneamente, es decir, cuando los pensamientos se convierten en sueños y estos en pesadillas y ya no se sabe si estas se piensan o se sueñan. Culpó a esa gran hamburguesa de la cena, aunque consideró que tampoco era algo suficiente para causarle incomodidad estomacal. Lo que sentía era algo más grave que lo simplemente digestivo. Entre la inconsciencia y el delirio comenzó a percibir un olor desagradable y difícil de identificar. Tuvo un sueño fugaz en el que el sofá de su sala comenzó a incendiarse por combustión espontánea, pero eso que invadía su nariz no era propiamente olor a quemado. La emanación se fue incrementando hasta que una arcada agresiva logró

despertarla. Se sentó de un golpe en la cama con la esperanza de que esa fetidez hubiera sido producto de sus sueños, pero no, esa presencia seguía a su alrededor. Y no sólo eso, sino que iba creciendo con fuerza. Era el peor olor que percibió en toda su existencia. Quiso levantarse, aunque la debilidad no la dejó moverse. En su confusión no supo distinguir si estaba mareada o inmersa en una nueva pesadilla. Fue imprescindible girarse, por si ese pútrido miasma le fuera a producir el vómito. ¿De dónde procedía la podredumbre? Quiso gritar por auxilio; sin embargo, su voz era tan endeble que no pudo ni escucharse a sí misma. Le fue difícil determinar si vomitó o soñó que vomitó, a pesar de que se produjo un fuerte ardor en su garganta, como si hubiera estado vomitando por semanas. El olor invadió todo su departamento. Dudó si su origen era externo o acaso venía de su interior. ¿Le pertenecía? ¿Aquella pestilencia vivía en sus entrañas? A ese punto, su deseo más grande fue levantarse para abrir las ventanas del departamento y respirar aire fresco, mas era tal su languidez que no supo si lo pensó o lo imaginó. Incómodos ecos aumentaron dentro de su estómago; resonancias que nunca había escuchado, que de ninguna forma podrían derivar del cuerpo de alguien. Esos sonidos se asemejaban al del motor de una máquina desaceitada. No pudo dar crédito al acontecimiento que iba gestándose en su interior.

Después asumió haber escuchado tres golpes en la puerta de su dormitorio. En su desconcierto, creyó ver en el umbral la silueta del vagabundo que encontró tiempo atrás en la callejuela con Eleonora. Hizo un esfuerzo por gritarle y ahuyentarlo,

pero para entonces se dio cuenta de que estaba sudando en exceso y que una fiebre poderosa la tenía presa. Quiso tomar aire y, al intentarlo, la peste se impregnó cada vez más en ella. Estuvo a punto de rendirse. ¿Y si nada de esto le estuviera ocurriendo? ¿En qué momento despertaría de ese mal sueño? Procuró controlarse al pensar que los sentidos suelen traicionarse cuando se duerme. Recordó haber leído en algún artículo que el olor más insoportable es el de la descomposición humana. ¿Acaso era como este que ahora envolvía su entorno? No estaba segura de si un líquido resbaló por su boca, tampoco si su estómago se vació. Para ese momento, ya sólo tenía la certeza de una cosa, es decir, de ninguna. Las últimas fueron arcadas huecas y violentas.

Índice

Aedificatorfobia 9

La mujer que vio Antón 31

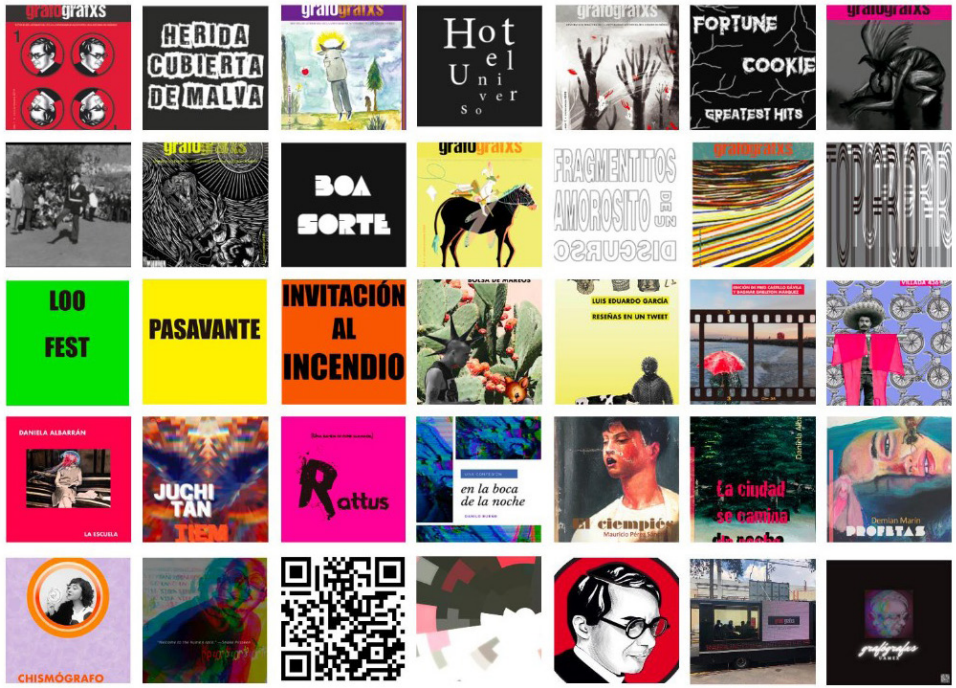
Alguien que cuide de mí 55

Parosmias 75

Parte esencial del proyecto editorial de la revista *Grafógrafxs* es el lanzamiento de lxs escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante las sesiones de dichos talleres ha sido compartido, discutido y editado. Cada sábado, a través de internet, se reúne una comunidad universitaria nutrida, compuesta por estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos, lo que refrenda el punto de partida de *Grafógrafxs*: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones **Pasavante** e **Invitación al Incendio** hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios del 2020 y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en los que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones **Pasavante**, de poesía, e **Invitación al Incendio**, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de *Grafógrafxs*, cuyos libros atrayentes y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que *Grafógrafxs* es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



TODO GRAFÓGRAFXS
grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

Grafógrafxs UAEMex

@grafografxsuaem

Grafógrafxs UAEMex

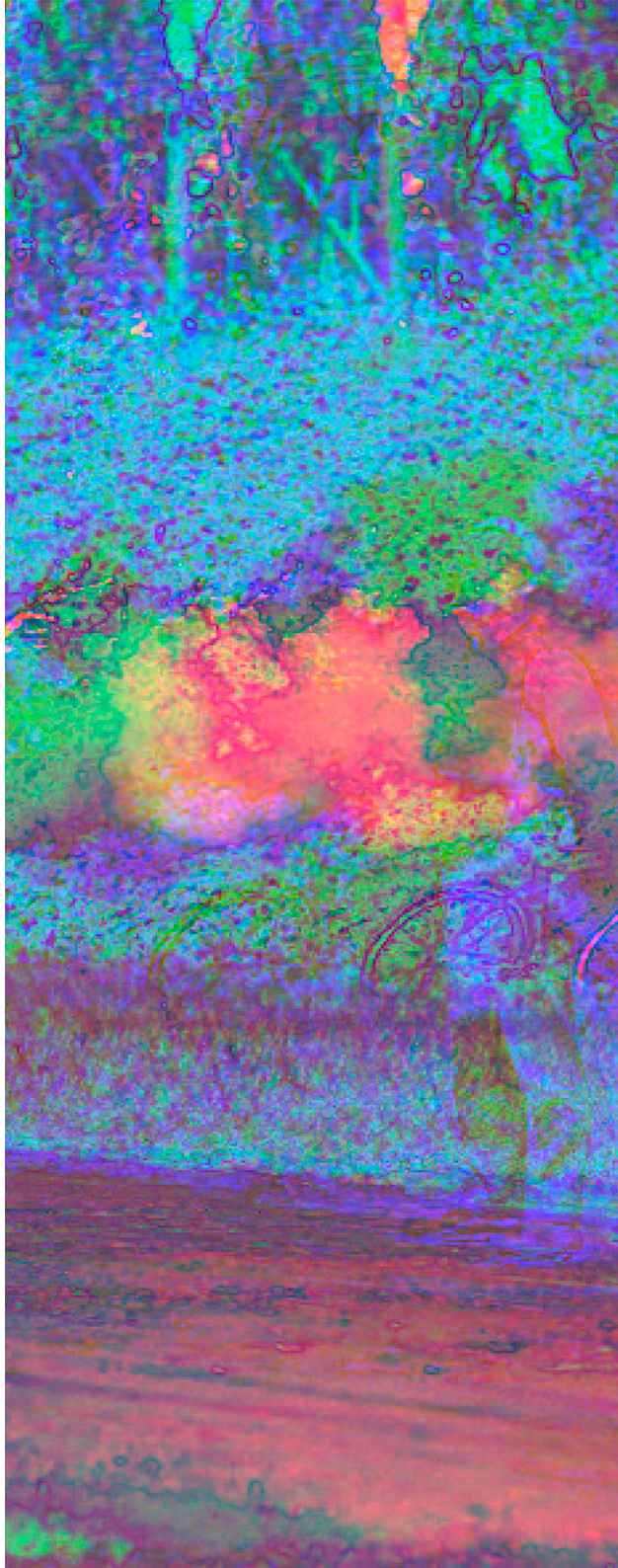
Contacto

grafografxs@uaemex.mx

Inquilinos invisibles, de Gerardo Villanueva, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *Grafógrafxs,* editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, Edificio UAEMITAS, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.
Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.
Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 3, núm. 3, de *Grafógrafxs*, julio-septiembre de 2021.



INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

gratégrafxs